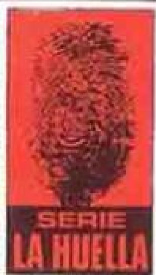


Lou Carrigan

CRIMEN PASIONAL


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

CRIMEN PASIONAL

Colección LA HUELLA n.° 86
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 16581-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: junio, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Después de mucho dar vueltas por delante de la Morgue, Alex Butler se decidió finalmente a entrar. Llevaba un periódico en la mano izquierda; un ejemplar del New York Times, que desdobló delante del encargado de recepción.

—¿A dónde tengo que ir para identificar este cadáver?

El empleado de la Morgue miró la fotografía publicada en el periódico, asintió, y señaló uno de los asientos del vestíbulo.

—Espere ahí, por favor. Avisaré para que le acompañen.

—Okay.

—Precisamente está en el edificio el teniente Bowen, de Homicidios, que es quien lleva el caso. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Alexander Butler.

—De acuerdo. Voy a localizar al teniente.

Alex movió la cabeza con gesto de aprobación, y fue a sentarse. En primera instancia, pareció dispuesto a sentarse junto a la bellísima muchacha que, apenas verla, lo dejó turulato, pero tuvo una idea mucho mejor: sentarse delante de ella, bien enfrente, para poder observarla sin agarrar una tortícolis.

Así que se acomodó delante de la morena de ojos verdes, y para no hacerse demasiado pesado, simuló abstraerse en la lectura del periódico, mientras que, en realidad, se dedicaba a examinar al bombón con faldas. Era alta, de piernas esbeltas y más bien hechas que un billete de mil dólares, y tenía un torso de lo más delicioso y sugestivo. Como era verano, llevaba poca ropa, y Alex, pese a las circunstancias, comenzó a pasarlo de lo más bien. Tan sólo contemplar a aquella muchacha era un privilegio, una de las cosas buenas que podía ofrecer la vida.

En el periódico tenía una de las cosas malas.

La noticia decía que una mujer había sido hallada flotando en las aguas del Hudson River, metida dentro de un baúl. Era una noticia curiosa e inquietante. Si la mujer hubiese sido hallada flotando libremente, quizá se habría podido pensar en un accidente, pero, claro, era poco probable que ella misma se hubiese caído dentro de un baúl que luego, accidentalmente, hubiese caído al río.

Por lo tanto, se sugería que se trataba de un asesinato, tesis que parecían confirmar las huellas halladas en el cuello de la mujer. Había que admitir la posibilidad de que hubiese sido estrangulada. Luego, había sido metida en el baúl y tirado éste al río, aguas arriba. Cuando el baúl fue hallado, navegando lentamente hacia el mar, había dado la vuelta. Es decir, que le faltaba el fondo, y navegaba con la tapa como casco y quilla, con el cadáver de la mujer bien visible…

La teoría policial era que alguien había tirado el baúl al río con la muchacha dentro. Y, además de la muchacha, quizá una piedra, o cualquier otro objeto sólido y pesado, para que el baúl se hundiese y se quedase para siempre en el fangoso lecho del río. Pero quizá el mismo peso de la piedra u objeto había desfondado el baúl, éste había dado la vuelta, tal vez empujado por la corriente y, finalmente, había subido a la superficie, como una extraña barquita cuyo único navegante era una mujer que parecía estrangulada.

Sí señor.

Así pasan las cosas a veces.

Alex Butler sacudió la cabeza y decidió fijar de nuevo su atención en la belleza que tenía enfrente. Lástima que él fuese un desgraciado que no tenía ni donde caerse muerto, maldita sea…

Su traje era viejo y estaba mugriento, la camisa era poco más que un pingajo con el cuello más gastado que las posaderas de los pantalones, y en cuanto a los zapatos, la cosa estaba ya que ardía, pues Alex iba poco menos que arrastrando las plantas de los pies por el suelo.

Pero cualquier día, la cosa cambiaría. Sí señor, cualquier día, en cualquier momento, todo podía cambiar, y Alex Butler se convertiría en un tipo con dinero, que vestiría como un rey, y comería como un caníbal. Sí señor: carne, langostas, caviar, salmón, pavipollo, tiernísimos filetes de novillo, ostras gigantes, percebes, langostinos, faisán… Y los mejores vinos, naturalmente. Y el

champaña, francés. ¡A ver…! Y ya, puesto a ser exigente y selecto, tendría media docena de novias como la tía buena que se sentaba ante él mostrándole (eso sí, con toda naturalidad, elegancia y decencia) unas piernas sensacionales.

Pero eso sería, quizá, algún día. Mientras tanto, era un desgraciado al que una preciosidad como la que tenía delante, ni siquiera debía considerarlo digno de una mirada. Así que, convencido de que la bellísima muchacha ignoraba incluso su existencia. Butler alzó la mirada, dispuesto a contemplarla a sus anchas.

Entonces, la muchacha le sonrió.

Alex alzó las cejas y abrió la boca, consiguiendo una perfectísima cara de tonto. Luego, miró a derecha e izquierda. Pues sí señor, estaba solo. Nadie a la derecha, nadie a la izquierda. Y nadie detrás, más que la pared. Volvió a mirar a la muchacha, y ella amplió su sonrisa.

«Debe estar drogada… —pensó Alex—. Para fijarse en un tipo como yo, hay que estar loca o drogada. ¡Pobrecilla, tan joven y linda! ¿O el que está loco soy yo? ¿O a lo mejor estoy dormido y soñando? ¿Soy un hombre o una mariposa?».

Al pensar esto, Alex sonrió. Entonces, la muchacha sonrió de nuevo, con una gracia, con un encanto tal, que partía el corazón.

Pero ni así. Alex estaba convencido de que allí había algo que estaba funcionando mal. Lo cual tenía relación con lo de si él era un hombre o una mariposa. Las culpas de las dudas a este respecto las tenía el maestro de Kwai Chang Caine, mundialmente más conocido como Kung Fu. Desde que había visto la serie «Kung Fu» en la televisión, Alex no había podido olvidar aquella entrevista entre Caine y el Maestro ciego, cuando éste le dice a aquél: «Chuan Chang soñó que era una mariposa, pero despertó y vio que era un hombre; sin embargo, se preguntó si no era realmente una mariposa que en aquel momento estaba soñando que era un hombre».

Terrible dilema el del pobre Chuan Chang.

Y el de Alex Butler, desde luego. ¿Estaba dormido y soñaba que la muchacha le sonreía… o estaba despierto él y era ella la que le sonreía en sueños? No, no, porque la muchacha estaba despierta también. ¿O era él quien soñaba que ella estaba despierta, mientras que ella soñaba que estaba dormida? ¿O era…?

—¿Señor Butler?

Alex respingó y miró al hombre que había aparecido junto a él. Sí, aparecido, porque no lo había visto llegar. Simplemente, ¡pif!, había aparecido allí.

—Sí… Yo soy.

—Soy el detective Carter. El teniente Bowen le está esperando.

—Ah, sí…

Alex se puso en pie, reflexionando que lo mejor era no volver a mirar a la muchacha, no fuese a soñar que ella se colgaba de su cuello y le besaba en la bocota. ¡Hasta ahí se podía llegar!

—¿Conocía usted a la difunta, señor Butler?

—¿Eh…? Bueno, no sé. No he dicho que la conociese, señor Carter. Sólo he dicho que he venido a identificarla…, si es que puedo. La verdad es que no estoy seguro de que sea ella.

—De que sea…, ¿quién?

—Una vieja amiga. Prefiero no mencionar nombres hasta que esté seguro.

—Me parece bien.

El teniente Bowen era un hombre de mediana estatura, manos grandes, cabeza calva y asombrosamente redonda, y unos ojillos claros y simpáticos que parecían incapaces de abandonar la sonrisa.

—Muchas gracias por venir, señor Butler.

—No tiene importancia —encogió los hombros Alex—. Además, aún no he identificado a la víctima.

—Eso no importa para que le agradezcamos su voluntad de cooperar. Precisamente, ahora que está comprobado definitivamente que fue estrangulada, sería muy conveniente conocer su identidad. No se apresure. Tómese el tiempo que quiera.

Estaban en el departamento frigorífico, donde Bowen le había estado esperando, en compañía de otro hombre que vestía una larga bata blanca. Fue éste quien abrió uno de los cajones, que se deslizó silenciosamente sobre sus guías.

—El cadáver está ahora mucho más limpio de lo que aparece en las fotografías de la prensa —dijo—, así que quizá sea más fácil de identificar. La deformación es debida a la permanencia en el agua, pero no se ahogó; cuando fue arrojada al agua ya estaba muerta, estrangulada.

—¿Con qué? —musitó Butler.

—Con las manos, desde luego. ¿Dispuesto?

Alex asintió con la cabeza, mientras se pasaba la lengua por los labios. El médico de la Morgue alzó la parte superior de la sábana, dejando al descubierto el rostro de la mujer. De la deformada criatura que debía haber estado en el agua no menos de ocho o diez días antes de que el fondo del baúl se rompiese y éste diese la vuelta y emergiese como una barquita…

Al ver aquel rostro, Alex cerró los ojos. Se quedó inmóvil y en silencio. Dentro de él, sin embargo, rugía una furiosa tempestad. ¡Pobre Jenny…! ¡Pobre y querida Jenny Lyles, cómo había terminado sus días…! Por entre la furiosa tempestad, Alex Butler creía oír la vocecilla de Jenny, llamándole; y luego, más adelante el tiempo, le parecía sentir en su cuello sus brazos de seda, y en sus labios los de ella, tan tiernos… Y más. Mucho más.

—¿La reconoce, señor Butler?

Alex miró al teniente Bowen.

—No.

—¿No es la persona que usted creía?

—No. Siento no poder ayudarle, teniente.

—Mala suerte. Pero no debe usted preocuparse: casi todos los cadáveres son identificados, tarde o temprano. Claro que en este caso, después de varios días en el agua la deformación es muy considerable… Tanto, que quizá usted tenga alguna duda.

—No tengo ninguna duda. Si fuese la persona que vi en el periódico, la habría reconocido. Me pareció que era, pero no.

—Bueno, ya verá como sabremos quién es. Puesto que está muerta, es una persona de las que en principio se las llama «desaparecidas», así que alguien denunciará esa desaparición. Y cotejando las filiaciones de las personas desaparecidas con los cadáveres no identificados, se van obteniendo conclusiones.

—Sí, comprendo el proceso. ¿Puedo marcharme?

—Desde luego. Y de todos modos, gracias, señor Butler.

Alexander miró de nuevo el rostro de Jenny Lyles. Estaba seguro de que había conseguido engañar al médico y a los dos policías. En realidad, había ido a la Morgue con la esperanza de que la mujer del baúl no fuese Jenny. Ciertamente, en el periódico no se veía muy bien, así que había tenido sus dudas. Allí, en la Morgue, no tenía ninguna duda: Jennifer Lyles.

—De nada.

—Le acompañaré —dijo el detective Carter.

—No se moleste, gracias.

Alex Butler salió sólo de la Morgue. Hacía un bonito día, y de buena gana se habría ido a un restaurante italiano a comer tallarines y vino «Valpolicella», pero, como decía su amigo Vincenzo, no tenía un puñetero centavo al que hincarle el diente.

Bueno, peor estaba Jenny.

Detenido en la acera, encendiendo un cigarrillo, Alex no podía dejar de pensar en Jenny, en realidad. Pero, de pronto, se dijo que no valía la pena torturarse. A fin de cuentas, él ya había advertido a la muchacha que acabaría muy mal. Habían intimado mucho, después de llegar casi al mismo tiempo a Nueva York, procedentes ambos del pueblecito de Middleville, hacia el norte, cerca de los límites del Adirondack Park. Habían intimado tanto que ya no se podía intimar más. Fue en esa época cuando Alex lo comprendió: «Acabarás mal si no cambias de rumbo, Jenny». Ella se había reído… Y ahora estaba en la Morgue, estrangulada, convertida en un pingajo sucio.

Lo cual tampoco era justo. ¿O sí había sido justo? ¿Había hecho Jenny algo por lo que mereciese ser estrangulada? El creía que eso no podía ser, pero la verdad era que hacía más de tres años que no veía a Jenny. ¿Qué había hecho ella durante aquel tiempo? ¿Se había ganado aquella caída del telón en la función de su vida? ¿Quién la había estrangulado y por qué? Alex pensó que nadie tenía derecho a estrangular a nadie, pero estuvo seguro de que Jenny había hecho alguna de las gordas. Habría sido propio de ella, en realidad. No por maldad, pues nunca había sido mala, sino por inconsciencia, incluso por egoísmo. Jenny había…

—Hola, ¿qué tal?

Alex, que parecía tener los pies atornillados a la acera, giró la cabeza hacia su derecha, y vio a la preciosa muchacha de los cabellos negros y los ojos verdes. Pues nada: no lo había soñado, allí estaba ella, en carne y hueso, sonriéndole.

—Muy mal. ¿Y usted? —contestó Alex.

—Yo creo estar bien —rió ella—. ¿Va usted a alguna parte?

—No; vivo aquí —señaló Alex sus pies.

La morena emitió otra deliciosa carcajada. Hay quien obtiene

música de una guitarra, por ejemplo. Ella la obtenía de sus cuerdas vocales.

—A pregunta tonta, respuesta adecuada. Lo que quería decirle es que puedo llevarle en mi coche, señor Butler. Oh, mi nombre es Dulce… Dulce Rosewall. ¿Le llevo?

—Era lo último que me quedaba por ver en esta puerca vida —masculló Alex—. Pero, en fin, como estoy necesitado de dinero, acepto. ¿Cuánto va a pagarme?

—¿Pagarle…?

—¿No me está proponiendo llevarme a un motel?

—¡Claro que no! —Enrojeció Dulce Rosewall.

—Ah… Vaya, entonces, perdone. ¿A dónde quiere llevarme?

—A dónde usted quiera.

—Me gustaría ir a cierto restaurante italiano, pero sería una majadería, ya que no podría pagar mi comida.

—Todo puede arreglarse.

—¿Quiere decir que me la pagaría usted?

—Me agradaría invitarle a almorzar, en efecto, señor Butler.

—¿Qué le parece? Debo estar en otro planeta… ¿O sigo estando en el repugnante planeta llamado Tierra?

—Está usted en la Tierra —rió Dulce otra vez.

—Bueno, así puede empezar a cambiar el mundo: quien tiene dinero, invita a comer a quien no tiene. ¿Le gustan a usted los tallarines y el vino italiano?

—A mí me gusta todo, señor Butler.

—¿Con queso o con salsa de tomate?

—¿Qué más da? De un modo u otro, todo es bueno.

—Sabias palabras. Por lo menos, «todo» es siempre más bueno que «nada». Y dígame, señorita Rosewall, ¿cuándo hemos sido presentados usted y yo?

—Nunca, hasta hace un minuto.

—Entonces, ¿cómo sabe mi nombre?

—Se lo oí decir antes en la recepción de ahí dentro, cuando llegó diciendo que venía a identificar el cadáver cuya fotografía aparece en el New York Times. Intenté antes el acercamiento, pero usted parecía no verme.

—Pues la vi. Sólo que no estaba seguro de si era Chuan Chang soñando que era una mariposa, o una mariposa soñando que era

Chuan Chang. Bueno, interpreto que usted desea algo de mí, ¿no es así?

—Sólo quería saber si identificó a la mujer.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Para escribir algo sobre el caso. Estuve hablando con el teniente Bowen, y parece que puede ser muy interesante llegar al fondo de este asunto.

—Por lo menos, más interesante que llegar al fondo del río. ¿De modo que es usted periodista?

—La verdad es que trabajo para una revista… Quizá la haya leído alguna vez:
Women's
Life.

—Hace tiempo que no leo. Pero escribo.

—¡Ah! ¿Usted también es escritor?

—Concretamente, poeta.

—¿De veras? ¡Esto es maravilloso, señor Butler! ¡Me gustaría mucho que me leyese algunas de sus poesías mientras almorzamos!

—No creo que la poesía encaje demasiado bien con un plato enorme de tallarines con queso rallado. Pero podemos intentarlo. Aunque quiero adelantarle algo, señorita Rosewall: no podré decirle nada sobre la chica estrangulada, porque no la conocía, como me pareció al ver la foto del periódico.

—Oh…

—¿Ya no hay tallarines?

—Claro que sí —sonrió, Dulce Rosewall.

* * *

—¡Qué bestia! —exclamó Alex Butler—. Me he comido dos platos de tallarines, un pedazo enorme de carne, toda una botella de vino ha sido ingerida por mi insaciable boca… y todavía tengo hambre y sed.

—Pida más —autorizó Dulce Rosewall.

—La vida tiene estas desproporciones: o no se come, o sobra comida. Es como el dinero: hay quien lo tiene de sobras, y hay quien no tiene ni para comprarse un palillo. A todo esto, no me ha dicho usted si le ha gustado el «Valpolicella».

—Mucho, sinceramente.

—Entonces, le he prestado un buen servicio al traerla a este lugar, ¿verdad? A partir de ahora, cuando se encapriche de una buena comida italiana, ya sabe dónde venir. ¿Le parece bien que de postre pidamos helado? Una grandiosa copa llena de helado y fruta… ¿Qué le parece?

—¿Por qué no?

—Muy amable —se frotó las manos Alex—. Oiga, usted debe ser rica, señorita Rosewall.

—Tengo algo de dinero.

—Entonces, quizá podría prestarme un par de cientos. Se los devolvería cuando me publicasen mi primer libro de poesías.

—¿Tiene ya algún libro vendido?

—No. Ninguno. Pero no pierdo la esperanza.

Dulce se echó a reír una vez más. Y como al reír, los párpados se entornan bastante, se permitió una vez más también examinar al curioso ejemplar de la fauna humana que tenía ante ella, al otro lado de la cuadrada mesita con pulcro mantel a cuadritos rojos y blancos.

Sí. Alexander Butler era un tipo realmente curioso. A primera vista parecía, simplemente, un sujeto mal afeitado y mal vestido. Luego, observándolo con más detenimiento, se iba llegando a la conclusión de que aquello era una de sus circunstancias de la vida. De la vida de un hombre de unos treinta años, alto, atlético, de mirada inteligente y facciones enérgicas y terriblemente atractivas. Otra cosa realmente interesante en Butler eran sus manos; sus grandes, fuertes y hermosas manos de artista. Y su voz bien timbrada, sus modales tranquilos y seguros… Pero, sobre todo, aquella mirada lenta y profunda que brotaba de sus ojos oscuros, como una luz que pudiese penetrar los objetos…

—¿Por qué me mira así?

Dulce se sofocó un instante, pero se repuso en seguida.

—Estaba pensando que es usted un hombre… impresionante, señor Butler.

—¿Impresionante?

—Sí, impresionante. No se me ocurre otra palabra.

—Bueno, debe ser porque he comido. ¿Qué me dice de ese préstamo?

—¿Para qué quiere el dinero?

—Oh, para pequeñas tonterías: drogas, mujeres, juego… Ya sabe, cosas así. Y una bolsa de pipas.

Mientras Dulce reía una vez más, llegó el helado para los dos, que Alexander había pedido por señas. A partir de ese momento, Alex se dedicó con auténtica vocación a consumir tan refrescante postre, imitado por Dulce, que continuaba observando sus manos, su cuello seco y musculado, la aguda barbilla, la boca grande y fina, dura, como de cuero…

—Me acordaré de esto cuando gane el premio Nobel —suspiró finalmente Alex—. Y entonces le concederé a usted una entrevista en exclusiva para su revista que la hará famosa en el mundo entero: Alex Butler, premio Nobel, al desnudo. En el buen sentido de la expresión, se entiende.

—Gracias. Le voy a prestar ese dinero, señor Butler.

—Magnífico —tendió la mano Alex por encima de la mesa.

Dulce parpadeó. Se apresuró a abrir su bolso, sacó unos billetes, contó doscientos dólares y los puso en la palma de la enorme mano de Alexander.

—Doscientos pavos. —Alex contemplaba incrédulo el dinero—. Aquí, en la palma de mi mano, míos, solamente míos…, hasta que el hambre nos separe. No olvidaré nunca su gesto, señorita Rosewall.

—No creo que tenga tanta importancia.

Alex quedó un instante pasmado. Se guardó el dinero, se puso en pie, rodeó la mesita, y se inclinó hacia Dulce.

—Bueno, hasta la vista.

—¡Cómo…! ¿Se marcha usted ya, así…?

—Tengo cosas que hacer. Y como usted es propietaria de un lujoso coche, no hay problema. Sin embargo, no quiero marcharme sin recitarle una de mis poesías, para que empiece usted a valorar mis grandes posibilidades de conseguir el Nobel. Escuche esta preciosidad:

«En este bello capullo donde se posó una abeja, está, ahora mismo libando una feísima vieja».

CAPÍTULO II

Había unas doscientas millas desde Nueva York a Middleville, y Alex Butler las recorrió en autobús. Llegó al anochecer y se fue directo a un hotel modesto pero agradable que conocía perfectamente, el Canadian. Sólo llevaba un mugriento maletín en el que había metido algunas de sus cosas personales. Por lo demás, después de pagar el billete de ida y vuelta del autobús, había podido comprarse una camisa, unos zapatos, una corbata, cigarrillos, y hasta había hecho cepillar el traje. De modo que llegó a su pueblo natal con un aspecto muy discreto y cabal.

En el Canadian ya nadie le conocía. Ya nadie se acordaba de Sandy Butler, ni allí ni, probablemente, en toda Middleville. Salvo algunas pocas personas, claro.

«Ella sí me recordará», se dijo Alexander.

A la mañana siguiente, hacia las once, fue a visitarla. Vivía en una vieja casita que años atrás había sido una preciosidad. Ahora no sólo estaba vieja, sino descuidada. El jardín se había convertido en una diminuta selva. Todavía había algunas flores bien cuidadas, pero, realmente, todo aquel jardín era demasiado para la vieja Madge. La abuela Madge… Alex efectuó un rápido cálculo mental mientras se acercaba a la casa. Sí…, la vieja Madge debía tener no menos de setenta y cinco años. Eso, como mínimo. Quizá incluso ya hubiese cumplido los ochenta.

Le abrió la puerta ella misma. Tenía aquel aspecto simpático de siempre, pero estaba encorvada y, por supuesto, aunque para Alex había sido siempre «la abuela Madge», ahora se veía mucho más vieja. Y gastada. Llevaba lentes, y a través de los cristales observaba con cierta malicia socarrona al altísimo visitante, torciendo un poco el cuello, cómo un pajarito. Todo su cabello era blanco, pero lo

rociaba con perfume. Siempre había sido muy coqueta, al decir de las gentes del pueblo, y bien mirado, no tenía por qué dejar de serlo en la vejez. Quizá Jenny había heredado la coquetería precisamente de aquella viejecita que contemplaba a Alexander Butler.

—¿Qué desea? —preguntó con voz un tanto cascada.

—Buenos días, vieja Madge.

Hubo como una pequeña sacudida en el menudo y arrugado cuerpo de la anciana. Alzó más la cabeza, mientras en sus ojos aparecía la luz de la nostalgia, del recuerdo, de la duda… De pronto, sus ojos se iluminaron.

—¿Sandy? ¿Sandy? Sandy, ¿eres tú?

—Sí, vieja Madge.

—Oh, Dios mío…

La abuela de Jenny Lyles rompió a llorar. Años antes, Alexander se habría quedado atónito ante esta reacción. Ahora, simplemente, abrazó a la anciana por los hombros, mientras sonreía, y entró en la casa sin dejar de abrazarla.

—Oh, Dios mío —gemía ella—. ¡El pequeño Sandy!

Alex no pudo evitar una carcajada.

—Ya no soy tan pequeño, me parece. Mido metro ochenta y dos, vieja Madge.

—¡Qué guapo estás! ¡Oh, Sandy, qué guapo, y qué alto, y qué… qué…! ¿Has venido solo?

—Así es. Pero le traigo recuerdos de Jenny. Y una botella enorme de perfume. El perfume se lo envía Jenny. Yo le he comprado una caja de bombones.

—Te lo agradezco… ¿Ella está bien, Sandy?

—¿Jenny? Magníficamente. Cada día más guapa. ¿Acaso no se lo dice ella misma en sus cartas?

—Bueno —rió la anciana—, de cuando en cuando me cuenta cosas, pero nunca me dice que está muy guapa. ¡Debiste obligarla a venir contigo a verme, Sandy!

—Lo haré la próxima vez.

—¡Esa niña, sola en una ciudad como Nueva York…! Siempre estoy temiendo que le ocurra algo malo. En Nueva York pasan cosas horribles todos los días, Sandy.

—Es cierto —asintió éste—; todos los días hay bodas.

Madge emitió una risita.

—¿Todavía no te has casado?

—Pues no. Ya sabe que hubo un tiempo en que pensé hacerlo con Jenny, pero ella me dijo: «Sandy, eres un muchacho impertinente y antipático, y tienes las manos muy largas, así que no vuelvas a acercarte a mí».

—¿Estáis enfadados? —se alarmó la anciana.

—Claro que no. Bueno, yo esperaba tomar un buen café, la verdad. ¿Ya no obsequia a sus visitas, vieja Madge?

—¡Oh, claro que sí! Soy pobre, pero siempre tengo café. Jenny me envía dinero de cuando en cuando, y me las voy arreglando. No sé qué sería de mí sin ella, Sandy… No lo digo sólo por el dinero que me envía, ¿comprendes? Es que soy tan vieja… Y me siento tan sola… Si no fuese por Jenny, que algún día puede necesitarme, ya no tendría objeto seguir viviendo. Pero mientras haya jóvenes alocados, los viejos debemos mantenernos en pie, ¿no te parece?

—Naturalmente.

—Prepararé café.

Quince minutos más tarde, los dos habían tomado café y habían hablado de los viejos tiempos, cosa inevitable. Poco a poco, Alex fue encauzando la conversación a su conveniencia.

—La verdad es que últimamente no veo mucho a Jenny, pero iba a pasar por Middleville y me dije que debía informarla de ello por si se le ofrecía algo. Ya ve: me dio ese perfume para usted. ¿La escribe a menudo, vieja Madge?

—Mucho menos de lo que me gustaría.

—Supongo que siempre con buenas noticias.

—Ya sabes que está un poco chiflada —definió Madge a su nieta —. Imagínate que en la última carta me decía que quizá se casase muy pronto con un hombre riquísimo. Siempre fue una fantástica.

—Es verdad —sonrió torcidamente Alex—. A mí no me dijo ayer nada sobre esa boda… ¿Menciona el nombre del novio?

—Creo que se llama Warren. ¿Le conoces?

—Conozco a algunos Warren —sonrió de nuevo Alex, con un esfuerzo—, pero no sabré a cuál se refiere si no me dice el apellido.

—Me parece que no menciona el apellido… ¿Quieres ver la carta?

—Claro que sí. Vamos a ver quién es el afortunado, y le informaré sobre él.

Lo había conseguido. Había conseguido la información que había ido a buscar a Middleville… La vieja Madge fue hacia el aparador, de uno de cuyos cajones sacó un paquete de cartas y tarjetas postales, que entregó a Alexander.

—Están por orden. La de arriba es la última. Supongo que cuando se case, Jenny vendrá a buscarme o enviará a por mí.

—Le arrancaríamos las orejas si no lo hiciese. Bueno, vamos a ver esa carta…

—Ya te digo que no menciona ningún apellido, pero míralo tú; yo ya estoy vieja y a veces no sé ni lo que veo o digo.

Alex hizo una broma al respecto, y se dedicó a leer la última carta recibida por la vieja Madge. Decía así:

> «Querida abuela: Te escribo para decirte que estoy muy bien, y que la semana pasada te envié quinientos dólares que espero hayas recibido. Como ves, las cosas me están yendo estupendamente, y todavía me irán mejor dentro de poco, pues espero casarme muy pronto con un nombre riquísimo. Tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Se llama Warren, y aunque no es precisamente un jovencito, resulta muy atractivo. Tiene un precioso «Thunderbird» descapotable, con el que vamos con frecuencia a dar paseos hacia las playas del sur.
>
> »Todo me va muy bien, y espero que tú te encuentres estupendamente. Ya sabes que si necesitas algo sólo tienes que escribirme a la dirección que te envié, o mejor aún me envías un telegrama y acudiría en seguida. Mientras tanto, perdona que no te visite con frecuencia, pero tengo muchas cosas que atender. Aquí en Nueva York todo el mundo trabaja mucho, y yo no puedo dejar de hacerlo igual si quiero sobrevivir.
>
> »Cuídate mucho. Recibe muchos besos de tu nieta,
>
> »Jenny».

Alex Butler dobló la carta y la guardó en el sobre, pensativo. Se

fijó entonces en la dirección del remite. Jenny no vivía ya en el último, sitio que él sabía, sino que se había mudado, nada menos que a un apartamento de la Quinta Avenida. Sí señor: Jenny Lyles, la mocosa Jenny Lyles, había estado viviendo en un apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York…

—No dice el apellido, ¿verdad, Sandy?

—No… No lo dice. Pero quizá lo mencione en alguna otra.

—No, no. Son todas muy cortas y en ninguna me habla de hombres. Sólo en esta última. La verdad es que estoy sorprendida, porque Jenny siempre dice que los hombres son tontos, y que los que se casan son los más tontos, pero, bueno, supongo que ese Warren debe ser un hombre importante que la habrá hecho cambiar de opinión sobre el matrimonio.

—Sí… Debe ser un hombre muy importante.

—No entiendo por qué no estás al corriente de esto, Sandy.

—Pues, en Nueva York, como bien dice Jenny, todo el mundo tiene mucho trabajo, así que apenas disponemos de tiempo más que para ocuparnos de nuestros asuntos.

—Eso es una majadería… ¿Irás a ver a Jenny y te asegurarás de que todo va bien, Sandy?

—Seguro que sí.

—Te lo agradezco mucho, hijito. Iría yo, pero la verdad es que casi no puedo con mis huesos. Además, Jenny siempre me dice que no se me ocurra presentarme en Nueva York, que si necesito algo realmente urgente, ella vendrá… A veces pienso que me está ocultando algo. ¿Verdad, Sandy?

—¿Qué habría de ocultarle? —A Alex le dolía la boca de sonreír; le dolía realmente, en las comisuras—. Lo que pasa es que todos estamos muy atareados allá.

—Lo curioso es, que no sé en qué trabaja Jenny. Nunca me lo dice.

—No debe pensar en hacerlo.

—Claro… —murmuró la anciana—. Sí, es fácil olvidarse. ¿Y tú, Sandy? ¿A qué te dedicas?

—Escribo libros.

—¡Oh! Bueno, sí, siempre fuiste un muchacho muy inteligente… ¿Y qué clase de libros escribes?

—Libros con letras —mascculló Alexander.

—Me canso muy pronto de leer —rió la vieja Madge—, pero me gustaría que me enviases uno de tus libros. Supongo que vas a quedarte a almorzar conmigo.

—Naturalmente que sí. No será nada nuevo para mí comer en esta casa, vieja Madge.

Ella sonrió. Una sonrisa mucho más lejana que la del «pequeño» Sandy. Mientras preparaba el almuerzo, él la ayudó, y estuvieron sacando los recuerdos del viejo saco donde habían estado guardados, cómo decía la anciana. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Alex la escuchaba, atento y amable, pero en realidad más distraído de lo que él mismo pensaba. Las cosas habían cambiado tanto, que de toda la familia Lyles ya sólo quedaba la vieja Madge. Y si se enteraba de lo ocurrido a Jenny seguramente moriría del disgusto. Así, pues, Alex había hecho bien en negar conocer a la muchacha muerta en la Morgue de Nueva York. Había pensado precisamente en la vieja Madge, y estaba seguro de haber hecho bien. Mientras nadie identificase a Jenny, la anciana permanecería ignorante de lo ocurrido, pensando que su única nieta se iba a casar con un hombre importante y riquísimo llamado Warren.

—Y no era fácil que por medio de la fotografía aparecida en el New York Times alguien pudiese identificar a Jenny. Él lo había hecho porque el rostro de Jenny Lyles, para él, era algo que formaba parte de los más sólidos recuerdos de su mente. Dos personas que han convivido desde la infancia se recuerdan bien, a veces solo por un gesto, un detalle levísimo, una peca, una señal… Cuando él vio la fotografía, pensó inmediatamente en Jenny Lyles. Luego, se dijo que no, que no parecía ella. Pero la primera impresión persistió en su mente, pese a que sus ojos le decían que aquélla no podía ser Jenny.

Y la primera impresión fue la buena.

No.

No le diría a la vieja Madge lo ocurrido. Y ojalá nadie identificase a Jenny en la Morgue de Nueva York. Claro que la anciana esperaría recibir cartas o postales, y dinero… Bueno, mientras fuese posible, se las arreglaría para mantener el engaño. ¿Qué iba a ganar la vieja Madge sabiendo que su nieta había sido estrangulada? Al contrario, podía perder.

¿Y el asesino?

Ésa era otra cuestión. Desde luego, si la víctima no era identificada, la policía no podría conseguir ninguna pista, así que el asesino se quedaría tan tranquilo, jamás sería descubierto… Al pensar esto, el ceño de Alexander Butler se frunció.

—… escuchando, Sandy.

—¿Eh? ¿Qué?

—Digo que me parece que no me estás escuchando, Sandy.

—Ah… Oh, sí, de veras. Me he distraído un momento recordando que mi autobús sale a las catorce treinta.

—¿No tienes coche?

—¡No! —Se sobresaltó Alex—. ¡Es un vehículo infernal!

La vieja Madge rió. Continuó riendo mientras terminaban de preparar juntos el discreto almuerzo. Alexander Butler había comido y cenado allí muchas muchas veces, sí… Y por aquellos viejos tiempos, por el cariño que siempre recibió en la casa de los Lyles, se ratificó en su decisión de permanecer callado respecto a la suerte corrida por Jenny. En el fondo, se consideraba un poco culpable; quizá si él no la hubiese rechazado, tiempo atrás, ella no habría muerto. Pero, después de haberlo recibido todo de Jenny, comprendió que ella, realmente, consideraba a los hombres como pobres tontos.

Y se había equivocado.

Aunque quizá no, porque asesinar, a fin de cuentas, es siempre una tontería.

A las dos de la tarde, después de haber tomado más café, Alex Butler se despidió de la vieja Madge, asegurándole que se ocuparía de Jenny, y que todo iría bien. Cuando la puerta de la casa se hubo cerrado, Alex Butler metió las manos en los bolsillos y comenzó a alejarse.

Dio muy pocos pasos. Se detuvo de pronto y se quedó mirando el coche que había detenido calle arriba, a unos cuarenta metros. Lentamente, se acercó. Al llegar junto a la ventanilla izquierda, se inclinó y se quedó mirando fijamente a Dulce Rosewall, que estaba al volante del coche que él había reconocido.

—Qué casualidad —murmuró Alex.

—Ninguna casualidad —negó la muchacha—. Ayer le seguí cuando usted tomó el autobús. Incluso me alojé en el mismo hotel que usted al llegar aquí; sólo que algo más tarde. ¿Le gustaría

ahorrarse el billete de vuelta?

—Ya lo tengo.

—Puede devolverlo, y sólo perderá un pequeño descuento. De todos modos, yo tengo que regresar a Nueva York. Aunque no con el horario del autobús… Antes tengo que hacer una visita.

Dulce miró hacia la casa de los Lyles. Alex también miró hacia allá, miró luego los admirables ojos verdes de Dulce, y sin decir palabra rodeó el coche por delante y fue a sentarse junto a la muchacha. Cuando ésta se inclinaba para dar el encendido, una mano de Alex la agarró rudamente por la ropa del pecho, y dio tal tirón que casi la arrancó del asiento. Dulce respingó fuertemente, y se quedó mirando con expresión desorbitada el rostro de Alex, tan cerca, pues él prácticamente la mantenía suspendida ante sus narices.

—Te lo voy a decir, Dulce: la chica de la Morgue se llamaba Jennifer Lyles, tenía veintisiete años y vivía últimamente en un edificio de la Quinta Avenida, destinado a apartamentos. En esa casa vive una anciana llamada Madge, que es su abuela, y que sólo vive por ella y gracias a ella. Ahora, si tú publicas estos datos o los comentas con alguien de tal modo que la vieja Madge se entere de lo sucedido, ve haciéndote a la idea de que seguirás el mismo trayecto que Jenny hacia el infierno. ¿Me he explicado con claridad?

—Me… me está… haciendo daño…

—Sólo te estoy estrujando un poco un pechito. Piénsalo bien Dulce; si esa anciana se entera de que su nieta fue estrangulada y tirada al río como un gato sarnoso dentro de un saco, dentro de poco alguien tendrá que identificarte a ti en la Morgue. ¿Lo entiendes?

—Sí… ¡Sí!

—De acuerdo. —Alex la soltó, alisó las ropas de la muchacha, y de pronto la miró, sonriente—. Además, no te devolvería los doscientos dólares.

—¡Es usted un salvaje!

—¿Yo? ¿Sandy Butler un salvaje? Ve a decirle eso a la vieja Madge, y verás cómo se mea de risa. A propósito, debo decirte que la vieja Madge no es la del verso de ayer. ¿Quieres que te recite otro de mis versos?

—¡No!

—Tú te lo pierdes. ¿Has almorzado?

—No.

—Bueno, vamos a la terminal de autobuses y mientras yo devuelvo mi billete de vuelta, te zampas unos cuantos bocadillos. No hay grandes complicaciones aquí, en Middleville. Lo que llamamos «terminal» es una oficinilla, y el restaurante que hay al lado no creo que pueda servir jamás en la vida una barrigona botella de vino «Valpolicella». Todo es fácil y rápido aquí, en Middleville, no como en Nueva York, que para ir a comprar el periódico necesitas media tarde. Si quieres, puedo recomendarte el bocadillo especialidad de la casa.

—Bueno —sonrió Dulce Rosewall.

—Así me gustas más. ¿Lo has comprendido, Dulce? Ni una palabra de esto a nadie, o te romperé la cara.

—Está bien, me callaré. Pero tienes que decirme la verdad de lo que está pasando… o lo que sepas.

Alexander reflexionó un instante, antes de asentir.

—Me parece justo. Pero de eso tendremos tiempo de conversar durante el camino de vuelta a Nueva York. Ahora, dime: ¿te gustaría ser mi novia?

—Me parece qué sí.

—Sólo por un rato, claro. No quiero abusar de ti.

—Oh… Dime. ¿Jenny Lyles también fue tu novia… alguna vez?

—Sí.

—¿Y te dejó?

—No. La dejé yo a ella. Habíamos sido amigos de la infancia y sentía por ella algo… demasiado dulce para vivir con ella en las condiciones que quería imponer.

—¿Qué condiciones?

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—Eres demasiado joven para escuchar eso, Dulce.

—¡Estás bromeando! —exclamó ella.

—Sí, pero no quiero hablar de aquello. Me deprimió mucho. Jenny se había convertido en una… Bueno, yo las llamo «gozadoras de la vida». No sé si me comprendes.

—Me parece que sí. No dan importancia a nada, sólo a lo

material que puede proporcionarles placer. Es decir, una mentalidad por completo opuesta a la de un poeta.

—Veo que me has entendido —murmuró Alexander—. Bueno, vamos a hacer todo eso y a volver a Nueva York. Espero que sepas desempeñar bien el papel de novia.

—Haré lo posible.

—Una última cosa: ¿por qué ayer me abordaste delante de la Morgue? Lo normal habría sido que preguntases a la policía si ya había sido identificada la víctima, no que te dirigieses a mí. ¿Por qué lo hiciste?

—Cuando salías vi tu expresión y comprendí que estabas afectado. No por la simple visión de un cadáver, sino por algo mucho más personal, más profundo. Pensé que tenía la posibilidad de una buena historia para mi revista.

—Es una historia vulgar, en mi opinión. Chica encuentra chico que no aguanta lo que chica hace, y la estrangula.

—¿Crees que es un crimen pasional?

Alexander miró estupefacto a su bella acompañante.

—Vamos, vamos —gruñó—, ¡no seas cursi!

CAPÍTULO III

—Pues por lo que me has contado del modo de ser de tu amiga Jenny, yo diría que es un crimen pasional.

Alexander encogió los hombros y permaneció en silencio mientras Dulce conducía el coche rampa abajo, hacia el segundo piso del *parking*, el más cercano al edificio de la Quinta Avenida donde había vivido Jennifer Lyles, y ante el cual habían pasado hacía unos minutos.

—En realidad —murmuró Alex al cabo de unos segundos—, tratándose de Jenny no creo que haya muchas cosas que puedan sorprenderme.

—¿Qué quieres decir?

—Hacía unos tres años que no nos veíamos, pero cuando la dejé llevaba la clarísima ruta de convertirse en una golfita. Lo malo de Jenny era su belleza… Sí, sí, su belleza. Era tan bonita, que los hombres podían fácilmente volverse tontos por ella…

—Menos tú.

—Yo soy un poeta chiflado. Hablo en serio, Dulce. Podía enamorar a cualquiera, si se lo proponía… Lo malo es que no me sorprendería que se hubiese propuesto enamorar a varios a la vez. Y en tal caso, no sería extraño, desde luego, que alguno se hubiese tomado muy a pecho el amor de Jenny.

—Eso quiere decir que ya no te parezco cursi, como dijiste en Middleville, y que admites que puede ser un crimen pasional.

Dulce Rosewall había detenido ya el coche en una plaza del segundo piso subterráneo, y estaba mirando a Alex, que volvió a encoger los hombros.

—Admito la posibilidad de que alguien se volviese loco por Jenny hasta el punto de no poder soportar la… competencia y

decidiese estrangularla en un momento de ofuscación. Sólo que eso, a mi modo de ver y de acuerdo con mis conocimientos sobre las personas en general, no encaja con lo del baúl.

—¿El baúl?

—No hay que olvidarlo —sonrió secamente Alex.

—Bueno… En algún sitio tenían que ponerla, ¿no?

—¿Por qué motivo? Jenny estaba desnuda dentro del baúl, de modo que no cabe pensar que la estrangulasen por la calle. Debía estar en un sitio íntimo. Ahora bien, nadie puede ser tan tonto de estrangular a una chica, meterla en un baúl de su propiedad y llevarlo al río, para deshacerse del cadáver. En primer lugar, cuando el baúl es encontrado hay posibilidades de que por medio de él sea hallado más tarde el dueño…

—Pero el asesino no quería que el baúl fuese hallado. Por eso metió dentro un peso: una piedra, o hierros. En fin, lo que fuese.

—Ahí quería ir a parar. Un crimen pasional es algo que se lleva a cabo en un momento de ofuscación. Y entonces, todo lo que se puede hacer después es escapar del lugar del asesinato, ya sea para esconderse o para, finalmente, entregarse a la policía. Esto último, evidentemente, no va a suceder, pues han pasado ya los días suficientes para que el homicida haya tenido tiempo de pensar en lo que hizo. Por otra parte, yo diría que todo estaba preparado: el baúl, la piedra para meter dentro, la barca para llevar el baúl al centro del río… Todo. Incluso, para el asesinato, se había elegido un lugar tranquilo, alejado de Nueva York, de sitios donde Jenny o su acompañante pudiesen ser vistos por alguien conocido.

—¿Cómo sabes eso?

—El baúl fue tirado río arriba.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Dulce.

—Lo dice el periódico, eso de que fue tirado al río corriente arriba. Y es fácil de comprender por qué si hubiese sido tirado a la altura de Nueva York, donde la corriente es lenta y pesada, el baúl se habría quedado en el fondo, sumergido para siempre en el lodo. El hecho de que apareciese flotando, navegando hacia el mar, indica que fue arrojado al río aguas arriba, donde la corriente, más fuerte, obligó al baúl a dar vueltas en el lecho del río, hasta que se desfondó… En fin, todo eso.

—Supongo que te das cuenta de lo que estás diciendo: que

alguien citó o llevó a Jenny Lyles a un sitio donde tenía preparado el baúl, la estranguló, la metió dentro, llevó el baúl a una barca, y desde ésta lo arrojó al río. Es decir, premeditado todo, de principio a fin.

—Sí.

—Eso no encaja con un crimen pasional, Alexander.

—¿Y qué demonios quieres que haga yo? Las evidencias son las evidencias, ¿no? Vamos a ver si sacamos algo en claro donde vivía Jenny.

Salieron del coche, Dulce lo cerró, y se encaminaron al ascensor. Segundos después salían a la Quinta Avenida. Muy pronto llegaron al edificio en cuestión. No era moderno, pero sí lujoso; incluso quizá un tanto ostentoso, es decir, la clase de sitio confortable y caro donde no viviría una persona con auténtica clase.

—Se fue —dijo el conserje, a la pregunta de Alex.

—¿Adónde?

—Ah, no sé. No dejó su nueva dirección.

—Sí que es extraño —intervino Dulce—. No hace mucho le envié una tarjeta postal diciéndole que vendría a visitarla. Claro que no le decía la fecha exacta, pero…

—Quizá tu tarjeta llegó cuando ella ya se había marchado, mi amor —dijo Alex—. ¿Cuándo se fue ella?

—Hace un par de semanas. Sí, mañana hará dos semanas exactamente —aseguró el conserje.

—¿Está seguro de que no dejó ningún recado? —Pareció impacientarse Dulce.

—Segurísimo.

—¿Y se llevó sus cosas, sus maletas, todo?

—Claro. El apartamento ya está alquilado a otra persona. Me gustaría ayudarles, pero ignoro adonde fue a parar la señorita Lyles. Simplemente, hizo su equipaje y se fue.

—¿Parecía contenta? Quiero decir que si se iba de un lugar como éste, debía hacerlo para mejorar, ¿no?

—Lo ignoro. ¿Contenta? —El conserje reflexionó unos segundos —. Bueno, yo diría que cuando menos parecía satisfecha. No me pareció que diese importancia alguna a abandonar este edificio. Sí, más bien diría: que parecía satisfecha.

—¡Vaya un fastidio! —exclamó Dulce—. ¡Venir de tan lejos para

verla y no encontrarla!

—¿Y no sabe usted dónde trabajaba? —deslizó Alex—. Quizá allí sí podrían decirnos dónde encontrarla.

—Pues lo siento, pero tampoco sé eso… No, espere… Me parece recordar un nombre… Era un club nocturno, desde luego. La señorita Lyles era muy simpática, y en ocasiones charlaba un rato conmigo. Recuerdo que un par de veces hizo alusiones a ese club… No recuerdo el nombre, pero sé que era algo relacionado con Australia, porque ella hizo un chiste muy divertido.

—¿Con Australia? No falla: el club Canguro.

—No, no. Era algo relacionado con una cosa que va y viene. El chiste era muy bueno. Sí, hombre, ese chisme que…

—¿Boomerang? —susurró Alex.

—¡Exactamente! ¡Boomerang Club, sí! Bueno, en realidad no sé si trabajaba allí, sólo sé que lo mencionó un par de veces. La primera vez, porque me contó el chiste. La segunda, porque me recordó el chiste —el conserje sonrió—. Si no estuviese usted acompañado, se lo contaba, amigo.

—Bueno, será en otra ocasión —sonrió también Alex—. Ah, otra cosa. También podría solucionarnos el problema su amigo Warren.

—¿El amigo de quién?

—De Jenny. Uno llamado Warren, que seguramente la acompañaría alguna vez. Un hombre que…

—No. La señorita Lyles jamás trajo aquí a ningún hombre, se lo aseguro. Yo no sé si por ahí tendría asuntos, pero aquí, ni hablar.

—Entonces, no conoce usted a Warren.

—Ni idea.

—Bueno, creo que probaremos en el Boomerang. Muchas gracias, por todo.

Alex pasó un brazo por los hombros de Dulce, ella rodeó su cintura con un brazo, y salieron del edificio. Eran las siete y pico de la tarde. Alex se quedó pensativo, contemplando el denso tráfico. De pronto, miró a Dulce y sonrió.

—Te invito a tomar una copa en el Boomerang Club.

—¿Sabes dónde está?

—No, pero supongo que lo encontraremos. Tiene que estar en la guía telefónica. O preguntaremos a algún taxista. O a la policía…: Pero lo encontraremos.

Dulce miró, su reloj de pulsera.

—Acepto, tú copa —dijo—. Pero antes, deberíamos cenar. Y mientras tanto, podríamos buscar el Boomerang en el listín.

—Buena idea. Conozco un sitio donde…

—Ah, ah —negó Dulce—; esta vez yo elijo el sitio.

* * *

—¿Te gusta?

—Sí, está bien. ¿Dónde está el listín?

Dulce Rosewall frunció el ceño. Luego fue con brioso caminar adonde estaba el listín telefónico, en una mesita, bajo el teléfono; lo agarró, se volvió hacia Alex y se lo tiró con fuerza a las manos.

—¡Toma tu listín, estúpido!

Alexander se hizo un lío antes de conseguir retener el listín, y acto seguido se quedó mirando estupefacto a la muchacha.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me llamas estúpido?

—¡Te invito a cenar a mi apartamento, entras aquí como si fuese un sitio cualquiera, y sin prestar atención a nada, me pides el listín!

—¿Pues qué tendría que haber hecho? —No salía de su pasmo Alexander.

—¡Y yo qué sé! ¡Por lo menos, mirar a tu alrededor, y decirme si te gusta mi apartamento, o algo así! Es un apartamento limpio, elegante, bien decorado, confortable, agradable y simpático… y ni siquiera has mirado un cuadro.

Alex Butler parpadeó.

—A mí no me interesan las cosas accesorias, pero si eso ha de hacerte feliz, daré una vuelta por tu apartamento y emitiré un juicio adecuado.

—¡Me arrepiento de haberte traído a cenar aquí!

—Pues vámonos a otro sitio.

—¡No quiero ir a otro sitio!

—Entonces, cenemos aquí. Podemos comer un par de bocadillos. ¿Tienes cerveza?

—¡No tengo cerveza!

—Bueno, pues agua.

—¡No tengo agua!

Alexander bajó la cabeza y al mismo tiempo alzó las cejas, de aquel modo peculiar, como si estuviese contemplando a Dulce

Rosewall por encima de unos lentes. Luego parpadeó, fue a sentarse en el sofá, y colocó el listín sobre sus rodillas.

—Un momento… ¿Y si el tal Warren fuese un vecino del mismo edificio? Podría ser alguien que también viviese en aquellos apartamentos y que hubiese intimado con Jenny. Claro, si se iba a casar con ella… ¿Quizá la ha estrangulado por eso? En principio parece absurdo que un hombre estrangule a una mujer para no casarse con ella, ya que es mucho más fácil dejarla… Pero no. Fue ella la que se marchó de ese lujoso edificio. ¿Por qué? Sí, claro… Tenía que estar preparado todo. Él debió decirle que la llevaba de viaje o que se iban a mudar juntos a algún sitio mejor. Así que debió esperarla con su «Thunderbird» descapotable en algún sitio, fueron río arriba hasta donde Warren tenía la barca y entonces la estranguló. La metió en el baúl, llevó éste a la barca… No. Todavía pudo ser más perfecto el engaño: le dijo que tenían que subir a una barca. En la barca ya estaba el baúl. Subieron a, la barca, Warren la estranguló, la metió en el baúl, tiró éste al agua y luego dirigió la barca a la orilla, volvió a su coche y emprendió el regreso a Nueva York. Vamos a buscar ese número de la Quinta Avenida…

En el número del lujoso edificio de la Quinta Avenida solamente habían dos nombres cuya inicial fuese W. Alex llamó a ambos teléfonos, pero no obtuvo resultados. Preguntó por Warren en los dos sitios, y así supo que no existía el tal Warren. Uno de los nombres era William, y el otro Wayne. Nada que hacer por aquí.

Así que se dedicó a buscar entre los clubs. Esto sí fue fácil. El Boomerang Club estaba allí. Su dirección era el seiscientos y pico de la Segunda Avenida.

—Lo he encontrado —dijo, alzando la cabeza.

Silencio.

—¿Dulce?

Silencio.

Se puso en pie y fue hacia la cocina. Dulce no estaba allí. Ni en el dormitorio ni en el baño… En resumen: que no estaba en el apartamento. Alexander quedó en el centro del saloncito, rascándose furiosamente la coronilla. Por fin dio su veredicto:

—Estáis todas como cabras —farfulló—. ¡Al demonio! Si te has enfadado, ya te desenfadarás. Porque aquel que se desenfada, buen desenfara… defansara… desenfora… ¡Al demonio!

Abandonó el apartamento. Poco después, consumía en paz un bocadillo de pollo, huevo duro, y lechuga en un *snack*; con cerveza, naturalmente. Al demonio las mujeres. ¿Qué bicho le habría picado a Dulce? Bueno, su apartamento era una monería, pero ¿y qué? ¿Acaso tenía que haberle dado un premio por ello?

Debían ser las ocho y media cuando Alex Butler terminaba su modestísima cena. Salió del *snack* y decidió llegar caminando al Boomerang Club.

Fue una idea que tuvo premio. Si hubiese ido en taxi, no habría visto el coche, porque lo habrían dejado delante mismo de la puerta del club. Pero cuando se acercaba al Boomerang, que tenía un gran letrero luminoso que parpadeaba en azul y verde simulando un boomerang que es lanzado y vuelve a su punto de partida, vio el coche.

El «Thunderbird» descapotable.

Estaba estacionado a unos treinta metros del club. Alex se detuvo junto a él, por, la parte de atrás, y se quedó mirando la matrícula. Podía ser una casualidad, naturalmente. A fin de cuentas, en Nueva York debía haber más de un coche como aquél.

Dos minutos más tarde, entraba en el local. La animación era escasa, por el momento. Alex se sentó en uno de los taburetes de la barra y pidió un *whisky*. Mientras lo esperaba, miró con gesto risueño alrededor. Nada que valiese la pena destacar. Algunas personas ocupaban unas pocas mesas, bebiendo y charlando tranquilamente. Los músicos estaban ya tocando, pero sólo una pareja había salido a la pista. Aún faltaba un buen rato para las atracciones.

—Su *whisky*, señor.

—Gracias. Oiga, ¿no será de usted un «Thunderbird» descapotable que hay ahí fuera?

El camarero frunció el ceño.

—¿Es algún chiste, señor?

—Hombre… No hay que perder la esperanza de tener un coche así.

—Ya. Lo tendré en cuenta. Pero de momento, desde luego que no tengo un «Thunderbird».

—¿Sabe si pertenece a alguien que esté aquí?

—Sé que el señor Mac Pherson tiene un «Thunderbird». En

cuanto a los clientes, ni idea.

—Claro. ¿Mac Pherson? ¿Warren Mac Pherson?

—Claro. El dueño de esto. Él sí puede tener un coche de ésos. O dos. O los que le dé la gana.

—Así es la vida… Yo, en cambio, no tengo ni siquiera una bicicleta.

—¡Pues está peor que yo! —rió el camarero.

—¿Lo ve, hombre? ¡Ya tiene un motivo para consolarse!

—Sí. Dicen que el que no se consuela es porque no quiere. Con su permiso, señor, iré a atender a otros clientes.

—Okay.

Alexander encendió un cigarrillo y se quedó mirando el humo que expelía lentamente. Así de fácil: localiza el Boomerang Club, encuentra el coche «Thunderbird», y como si nada, se entera de que su propietario se llama Warren. Ni Perry Masón lo habría hecho mejor.

—O sea —dijo cuando el camarero pasó ante él—, que el señor Mac Pherson es asquerosamente rico.

—No sé si asquerosamente, pero le rebosan los billetes hasta el ombligo.

—Debe tener las tías a patadas.

—Por lo menos, tiene una: su esposa —dijo el camarero, un tanto acremente.

—¿Se casó? Entonces, es de los tontos. Aunque ningún tonto gana mucho dinero, ¿verdad?

El camarero encogió los hombros y se alejó. Todavía no había terminado Alex su cigarrillo cuando volvió a pasar ante él. Pero aún no había digerido la última información: Warren estaba casado. Entonces…, ¿cómo demonios había de casarse con Jenny? ¿Matando a su actual mujer? O divorciándose, que era mucho menos comprometido. Alexander comenzó a ordenar las cosas en su mente. Seguro que sí: Warren Mac Pherson debía ser un hombre quizá de edad ya no juvenil, pero todavía atractivo, hasta, el punto de que se habría casado con una dama rica que estaría encantada de su compañía… mientras, por otra parte, Warren Mac Pherson se buscaba una compañía más adecuada a sus alegrías personales. Una compañía como la de Jenny Lyles, por ejemplo. Pero, ¿por qué decirle a Jenny que se iba a casar con ella? ¿Por qué? ¿Ella le había

ayudado en algo antes de obtener esa promesa? ¿Y si se habían propuesto entre los dos liquidar a la vieja, de modo que Warren se quedase con todo su dinero, y luego pudieran casarse? Sí, podía ser esto. Como en las películas. Sólo qué algo había sucedido antes de cargarse a la vieja, y Mac Pherson se había visto obligado a liquidar a Jenny. ¿O quizá la vieja ya había sido liquidada antes, entre los dos, y luego Mac Pherson se había cargado a Jenny? ¡Qué gran astucia!

—Oiga —llamó al camarero cuando pasó de nuevo ante él—, le apuesto veinte pavos a que el señor Mac Pherson es un tío listo que liga a lo grande. ¿A que su mujer no viene nunca por aquí?

El camarero consiguió mantenerse cortés.

—Se equivoca usted, señor. Precisamente, la señora Mac Pherson acaba de llegar al club.

—¿De veras? Para pasar cuentas, seguro.

—No, señor —mascculló el camarero—: está sentada a una mesa, como una clienta más, tomando champaña. Sólo tiene que volverse, y la verá. Es la pelirroja, señor.

—Aaah…

Alex Butler se volvió, con la colilla del cigarrillo colgando entre los labios. Cuando vio a la pelirroja, la boca se abrió, y la colilla le cayó sobre una rodilla. Quedó tan estupefacto que no reaccionó hasta que notó el calor de la brasa en la carne, a través de la tela. Entonces soltó un respingo y saltó del taburete, sacudiéndose la colilla, mientras tosía, atragantado por el humo. En medio de las sacudidas de la tos, vio a la pelirroja mirándole y sonriendo divertida.

¡Y qué pelirroja…!

Parecía algo mayor que Jenny, desde luego, pero no tenía nada que envidiarle…, empezando por la circunstancia de que estaba viva, y Jenny seguía en la Morgue. Era más alta, más llena… Una mujer espléndida, bellísima, elegante, de piel fina delicadamente salpicada por diminutas pecas. Sus grandes ojos de pantera contemplaban con expresión risueña a Alexander, que finalmente sonrió y agitó los dedos en dirección a la pelirroja. Ella sonrió más ampliamente, casi soltando la carcajada, y luego pareció olvidarlo por completo, dedicándose a su copa de champaña.

—¿Se encuentra bien? —se interesó irónicamente el camarero.

—Sí… Sí, gracias. Oiga, respecto al señor Mac Pherson…

—Mire, señor, yo no estoy aquí para contar la vida del señor Mac Pherson, así que no me haga más preguntas. ¿Quiere más *whisky*?

—Pues no… No. ¿La señora Mac Pherson actúa en el local, quizá?

El camarero se retiró, sin molestarse en responder. Alex volvió a mirar a la pelirroja, pero ella parecía haberle olvidado; simplemente, le había hecho gracia un instante, pero él no existía para tan bella mujer. Con su vestido de noche, sus joyas y su belleza, resplandecía de un modo impresionante.

Alex movió la cabeza, y se dedicó a terminar el *whisky*, pensando que había fallado en su teoría. A lo mejor era al revés, o sea, que el rico era Mac Pherson, y la picarona era la pelirroja, que sacaba partido a su palmito… Pero, ciertamente, con aquellas manos tan finas y delicadas, la pelirroja no podía de ninguna manera haber estrangulado a Jenny. ¿Un cómplice?

Estaba sumido en un mar de teorías cuando notó un toquecito en un hombro. Volvió la cabeza, y miró vivamente de uno a otro sujeto; los dos impecables, elegantes, de *smoking*.

—¿Sí?

—¿Sería tan amable de venir un momento, señor?

—¿Adónde?

—El señor Mac Pherson le suplica una breve entrevista.

—Ah…

—Le aguarda en su despacho.

Alex se volvió a mirar ahora al camarero que le había servido; les estaba mirando, pero desvió rápidamente la mirada. Era un chivato, claro. Pero las cosas ya estaban así.

—Iré con mucho gusto.

—Gracias, señor.

Fueron los tres hacia la puerta que separaba el local de las dependencias interiores. Había un pasillo muy amplio. A la derecha estaban los camerinos. A la izquierda, la primera puerta era el despacho de Warren Mac Pherson. Las demás dependencias de ese lado debían estar destinadas a almacén.

Uno de los sujetos abrió la puerta, y se apartó. Alex entró en el despacho, mirando ya a Mac Pherson. Por supuesto, tenía que ser el

hombre sentado tras la lujosa mesa, con un enorme y aromático cigarro habano en la boca. Alex notó el impacto de aquella negra mirada que le valoró en un instante. Y al parecer, Warren Mac Pherson no obtuvo muy buena impresión de él, porque sus labios se estiraron en una sonrisita.

Los dos hombres se equivocaron en aquella primera entrevista. Mac Pherson vio a un hombre joven, pero de aspecto educado y poco boyante, que no parecía servir para gran cosa en la vida. Alex Butler vio a un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, recio, fuerte, duro, de mirada penetrante, pero poco inteligente. Todavía quedaba en sus duras facciones un resto de juvenil atractivo, pero quizá no era el hombre del que Jenny pudiera enamorarse. Aunque si tenía tanto dinero…

—Buenas noches, señor Mac Pherson —saludó Alex, dando un primer paso hacia adelante—. Mi nombre…

Se calló de pronto. Había otro hombre más en el despacho. Un tipo más alto y más fuerte que Mac Pherson, e incluso más que Alex, que se plantó ante éste, con la mano tendida, de modo que quedó apoyada en su pecho.

—Tranquilo, amigo. ¿Es usted de la Policía?

—¿Yo? —Se pasmó Alex—. ¡Claro que no!

El hombre asintió, y se dedicó a manosearlo rápidamente. Alex tardó un par de segundos en comprender que lo estaban cacheando en busca de armas. Su estupefacción fue tal que ni siquiera reaccionó cuando el sujeto alto y fuerte le retiró la mugrienta billetera. La abrió, examinó los documentos y se acercó a la mesa, tendiéndola a Mac Pherson, que hizo un gesto de desdén, y miró de nuevo a Alex.

—¿Se interesa usted por mí? —preguntó.

—No. Es sólo que conversando casualmente con el camarero, ha sido usted mencionado. Es usted quien se ha interesado por mí al enviarme a buscar. ¿Qué desea?

Mac Pherson le contemplaba hoscamente, fruncido el ceño, fría la expresión. De pronto, asintió con la cabeza. Los dos tipos que estaban detrás de Alex se adelantaron, y cada uno lo agarró por un brazo. Antes de que tuviese tiempo de decir nada, el otro, el más alto y fuerte, se adelantó, y sin más protocolos, le hundió a Alex el puño derecho en el estomago.

Fue un trallazo impresionante, alucinante. Alex palideció intensamente, sus facciones se desencajaron, sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas. Y así estaba, como paralizado, a punto de caer hacia adelante hasta donde le permitiera la sujeción de los dos tipos, cuando recibió el segundo trallazo, ahora en el hígado… El rostro de Alexander se puso de un extraño color entre amarillo y verdoso, su boca se torció a un lado, sus ojos giraron y, finalmente, quedó colgando como muerto de los brazos de los dos tipos.

—Es muy flojo —comentó el gigante.

—Reanímalo.

Unos suaves cachetitos en ambas mejillas fueron reanimando a Alex, que se quedó mirando mortecinamente a su alrededor. Por el momento, sólo veía sombras. De pronto, la visión se aclaró, y se irguió vivamente, con gesto de alarma… y en seguida, de dolor. Un dolor que pareció atravesar todo su cuerpo. Pero apretó los labios y se mantuvo firme.

—No me gusta que nadie venga aquí a fisgonear en mi vida, ni que ponga su sucia mirada sobre mi esposa, amigo. Si quiere algo de mí, dígalo; si no, cuando salga de mi despacho diríjase directamente a la salida y no vuelva por aquí. ¿Lo entiende?

—Sí —musitó Alex.

—¿Quiere algo de mí?

—No… No.

—Pues buenas noches. No se moleste en pagar: invita la casa. Dale su último obsequio, Jenkins.

El gigante golpeó de nuevo a Alex en el estómago. Tenía un puño enorme y durísimo. Alex tuvo que ser sostenido de nuevo por los otros dos, que le contemplaban sarcásticamente. Cuando se dirigieron hacia la puerta, lo llevaban prácticamente colgando. El gigante Jenkins abrió la puerta, metió la billetera en el bolsillo de Alex y le dio un amable cachetito en una mejilla.

—Adiós, señor Butler. Si decide volver, no deje de avisarme.

Alexander fue sacado al pasillo. Le zumbaban los oídos, la cabeza le daba vueltas, y sentía el estómago como si lo tuviese metido en una prensa de triturar coches usados.

—Y agradezca que somos elegantes —dijo uno de sus soportes —, pues de otro modo le habríamos roto la cara. Métase esto en la

cabeza: a los señores como Mac Pherson no les gusta que vengan desgraciados a mirar a su mujer y hacerse los graciosos. Y ahora, camine, o lo sacamos de aquí a patadas en el trasero.

Lo soltaron. Alex consiguió permanecer en pie. Aspiró profundamente, y movió una pierna. Notó tal dolor en el estómago que casi se desvaneció. Le estaba bien empleado… La poesía, ciertamente, no tiene nada de malo, pero ¿acaso tiene algo de malo el ejercicio físico? No debió dejar de practicarlo nunca. Volvió a respirar profundamente, y dio otro paso. La cosa fue mejor. Sentía el rostro frío y demudado. Con el pañuelo se limpió la frente, inundada de sudor.

Cuando apareció en el local, estaba demudado, pero no demasiado. Su aparición fue discreta, de modo que casi nadie se fijó en él. La pelirroja, sí. Y en seguida sonrió, casi soltando una carcajada. Alex apretó los labios y siguió caminando.

Entonces vio a Dulce en la barra, mirándole con el ceño fruncido, pero con una cierta expresión de desconcierto en sus ojos. Alex desvió en seguida la mirada, y siguió caminando hacia la salida. Al pasar cerca de la muchacha, la miró un instante y continuó caminando.

Dulce Rosewall era una muchacha lista, sin duda alguna. Salió tres o cuatro minutos más tarde, y fue adonde había dejado estacionado su vehículo. Se sentó ante el volante, abrió la portezuela de la derecha y esperó. En efecto, apenas diez segundos más tarde, Alex se sentaba junto a ella.

—Vámonos de aquí —dijo.

—Estaba a punto de preguntar si te habían visto en el club, pero me pareció que no querías que supiesen que nos conocemos.

—Exactamente.

—¿Te ha ocurrido algo?

—Me gustaría saber —eludió la respuesta Alexander— qué pasó contigo. Desapareciste de tu apartamento. ¿Dónde estabas?

—Fui a comprarte cerveza. Al volver y no encontrarte allí pensé que te habías molestado conmigo por llamarte estúpido, así que busqué el Boomerang Club en el listín y vine a reunirme contigo.

—Pues yo pensé que te habías enfadado porque no concedí importancia a tus visillos.

Se quedaron mirándose. De pronto, se echaron a reír los dos,

pero Alex se llevó inmediatamente las manos al estómago, palideciendo.

—Ay —gimió—. ¡Ay, Dios mío, qué daño!…

—¿Te ha sentado mal la cena?

—No estoy para bromas, Dulce. Por favor, llévame a mi apartamento y despidámonos hasta mañana.

—¿No vas a permitirme subir?

—¿Para qué? —se sorprendió Alex.

—Me gustaría leer tus poesías… Supongo que aquella de la vieja y del capullo era una broma, y que tienes escrito algo en serio.

—Pues, sí, pero…

—Pero ¿qué?

—Bueno, sube —se resignó Alexander—: no aguantarás allí ni cinco minutos…

CAPÍTULO IV

—¿Te gusta? —La miró irónicamente Alexander.

—Es un sitio encantador —sonrió Dulce.

—Te gusta el pitorreo, ¿eh?

—No —rió la muchacha—. De verdad, Alex, me gusta tu apartamento. Y estoy segura de que me gustarán tus poesías. En realidad, me gusta todo lo tuyo.

No poco pasmado, Alexander consiguió dejar de mirar los resplandecientes ojos de la muchacha para echar un vistazo a su alrededor. Desde luego, no se había equivocado: estaba en su apartamento.

Es decir, en aquel diminuto cubículo lleno de libros y hojas escritas por todas partes. El apartamento constaba de un sola pieza, que servía de recibidor, salón, comedor; dormitorio y hasta cocina, que estaba como empotrada en un agujero. Una puerta separaba el cuarto de aseo de todo esto. Por una ventana, se veía el magnífico panorama de otros tejados de Greenwich Village, por debajo del nivel de aquel «estudio-ático», en el que aparte del sofá-cama, dos sillones, un canterano con una máquina de escribir y un tocadiscos, todo eran libros. Realmente parecía una inundación de libros.

—Así que te gusta todo lo mío —pudo mascullar, por fin.

—En efecto.

—Bueno… Allá tú. Te voy a dejar algunos papelotes, y ya me dirás mañana qué te han parecido. Bueno, en el supuesto de que mañana aceptes que nos veamos. He estado pensando que podríamos hacer algo.

—¿Mañana o ahora?

—Mañana.
—Oh. Bueno, ¿qué podríamos hacer?
—Pues no sé exactamente, pero algo tendremos que pensar. No vamos a dejar las cosas como han quedado después de esta noche, ¿verdad? Deberíamos… ¿Qué estás haciendo?
—Estoy despejando de libros el sofá: no querrás que estemos de pie todo el tiempo, supongo.
—No, claro. Te ayudaré. Y como te decía, deberíamos ante todo buscar un medio de acercamiento a Warren Mac Pherson sin que pudiesen aparecer esas tres bestias…
—Deben haberte hecho mucho daño, pobrecito mío…
—¡Eh! ¿Qué haces?
—Solamente he metido la mano debajo de tu camisa para hacerte friegas en el estómago. ¿Te duele mucho?
—Sólo cuando me río. Y no es chiste.
—¿Qué piensas decirle a Warren Mac Pherson?
—Esta noche no me ha parecido oportuno mencionar a Jenny Lyles en el Boomerang. Pero tengo que hablar de ella con Mac Pherson, es inevitable.
—Sin la presencia de esos brutos, claro. Me parece acertado. ¿Cómo podrás solucionarlo? Parece que esos tres animalotes son sus guardaespaldas, o algo así.
—Vigilaremos adecuadamente a Mac Pherson. Tiene que haber algún momento en que esté solo. Ése será el momento que yo elegiré para acercarme a él y hablarle de Jenny… Podríamos utilizar tu coche para seguirle a todas partes, hasta que llegase ese momento.
—De acuerdo. Pero ¿qué piensas conseguir hablando de Jenny con Mac Pherson?
—Quiero saber si él es el Warren que iba a casarse con ella, según la carta que recibió la vieja Madge. Si es así, tendrá que darme muchas explicaciones. Y algo sacaremos en limpio. Quizá con lo que Mac Pherson nos diga podamos encontrar el hilo para llegar al ovillo.
—Eso, en el supuesto de que Mac Pherson acepte hablar contigo y contestar a tus preguntas, amor mío.
—Aceptará. Él me ha enseñado esta noche un método para persuadir a las personas. Y te aseguro que yo también sé atizar

mamporros… ¿Qué estás haciendo?

—Pues estoy preparando el sofá para dormir. Supongo que no vas a pasarte la noche despierto.

—Claro que no. ¿Conoces a alguien que sepa falsificar la letra de otras personas?

—Mmmm… Así, de momento, no sé. Pero estoy segura de que en la Women's Life tendremos a alguien que sepa hacerlo o que conozca a alguien que sea experto en eso. ¿Por qué?

—Pues porque… Ayúdame a quitarme los zapatos, ¿quieres? Son nuevos, y me están martirizando todo el día… Gracias. Eres un encanto. Esto… Ah, sí: porque voy a necesitar a alguien que envíe cartas escritas por mí, pero con la letra de Jenny, a la vieja Madge. ¿Te ayudo?

—No, no. Mis zapatos no son nuevos, salen bien.

—Son muy elegantes. Por cierto, tengo una botella de champaña. ¿Quieres una copa?

—Me encantaría. Pero ¿cómo tiene una botella de champaña un muerto de hambre como tú?

—Sí, no es normal, lo reconozco. La compré cuando llegué a Nueva York, y me dije que la destaparía el día que mi nombre fuese famoso. Pero como ese momento no va a llegar, no voy a ser tan tonto de esperar más tiempo para beberme el champaña.

—¿Por qué no va a llegar nunca ese momento?

—Voy a tener que dejar de escribir versos y novelas para dedicarme al periodismo.

—¿Eres periodista?

—Claro. Pero yo pienso que ya hay mucha gente que dice lo que ocurre alrededor nuestro, y poca gente que dice lo que ocurre en nuestro interior. Así que dije que cayese quien cayese, aunque cayese yo mismo, me iba a dedicar a eso. Si fuese por mí solo, seguiría en la brecha, escribiendo de cuando en cuando algunos cuentos para periódicos y revistas que me permiten ir subsistiendo. Pero ahora tengo que ocuparme de la vieja Madge.

—No creo que tengas ninguna responsabilidad con la abuela de Jenny Lyles, Alex.

—Sí. Es decir, no se trata de una responsabilidad, sino de no

traicionarme a mí mismo. Si estoy dedicando mi tiempo y mis esfuerzos a escribir cosas con sensibilidad, no puedo permitir que una anciana de la que tengo muy buenos recuerdos reciba un sufrimiento en los últimos años o meses de su vida. De modo que he tomado la decisión de enviarle cartas falsas de Jenny, algo de dinero de cuando en cuando, y botellas de perfume. Todo eso, como si fuese Jenny quien lo hiciera. Y claro, necesito un empleo. Y como lo que sé hacer es escribir, no voy a contratarme de cantante de ópera, digo yo.

—Eres maravilloso, Alex. Hablaré con mi director… Quizá de momento podamos conseguirte un puesto en la
Women's
Life.

—Estupendo. ¿Y sabes una cosa? ¡Tú también eres maravillosa!

—¿Por qué dices eso?

—Mujer, porque se ve… Ten cuidado, no vayas a resfriarte. O sea, quedamos en que sí aceptas el champaña.

—Claro.

—Bueno, lo sacaré del frigorífico. Es eso qué parece una caja atada con cordeles.

—Lo importante es que el champaña esté fresquito… Tu estudio no es muy fresco, que digamos.

—Es que todo el día tengo el sol sobre el tejado, y claro, en cuanto llega la noche se ha acumulado un calor terrible. ¿Te parece que apague la luz del techo y que deje solo la lámpara de pie que utilizo cuando escribo a máquina?

—Bueno. ¿Las copas las tienes en ese mueble?

—No tengo copas. Sólo vasos. Espero que estén limpios.

—Voy a ver… Pues sí: están aceptablemente limpios.

—Menos mal.

—¿Viene alguien a limpiarte el estudio?

—No puedo pagar esos lujos.

—Bueno, ya vendré yo… ¡Oh, qué descorche más alegre!

—Y eso que este champaña es viejo… ¡Si llega a ser joven, no te digo nada!

—¡Qué fresquito está!

—Tú también estás fresquita. Ahora que recuerdo: ¿cenaste algo?

—Sí. Mientras pensaba qué debía hacer, comí un par de bocadillos; quiero decir, antes de ir a buscarte al Boomerang. Por cierto, no tengo cepillo de dientes.

—Ya te prestaré el mío. Y ahora que caigo: ¿qué haces tú sentada en mi cama conmigo?

—Estoy tomando champaña, mi amor.

—Ah… Bien, sí.

—Nos acabaremos la botella, ¿verdad?

—Por mí no hay inconveniente. En cuanto a mis versos, ¿prefieres leerlos tú o prefieres que los lea yo?

—¿Tus versos?

—¿No has subido aquí para leerlos?

—Pues sí… Pero cada cosa a su tiempo, ¿no crees?

—Tienes razón. Ahora estamos bebiendo champaña. Lo de los versos vendrá más tarde. ¿Quieres un poco más?

—Bueno.

—Deberíamos brindar por algo, Dulce.

—Sí… Pero no se me ocurre. Por nosotros no hace falta, pues ya sabemos cuidarnos. Yo tengo veinticuatro años. ¿Y tú?

—Treinta.

—Sí, sabemos cuidarnos, no hay duda… ¿Qué te parece si brindamos por tus versos?

—Buena idea.

CAPÍTULO IX

Despertó al recibir otro golpe en la cabeza, más suave. En realidad, ya había recobrado el conocimiento y el golpe sirvió para que se diese cuenta de ello. Parpadeó, pero continuó viendo sólo una mancha negra ante sus ojos.

Algo zumbaba en su cabeza… No, no era en su cabeza. Era alrededor de él. Todo él zumbaba. El olor a *whisky* era terrible… Y eso le hizo recordar el botellazo que le había propinado Warren Mac Pherson.

Tardó todavía cuatro o cinco segundos más en comprender que estaba en el portamaletas de un coche que viajaba. Y casi el mismo en comprender que estaba atado de pies y manos y amordazado. Como dice el refrán, «donde las dan las toman», así que seguramente Sheila Mac Pherson había decidido devolverle la jugada.

¿Y Dulce?

¿Dónde estaba Dulce?

Se movió, buscando una postura más cómoda, y notó el contacto de algo tibio y elástico en su rostro. Algo tierno y turgente, cubierto con tela.

—¡Mmmmm! —Oyó.

—¿Mmmmm? —preguntó.

—¡Mmmmm! ¡Mmmmmm!

—¡Mmmmm! —contestó.

—¿Mmmmmm?

—¡Mmmmm! ¡Mmmmm!

Por supuesto, no entendió nada, pero sí comprendió que lo que había entrado en contacto con su cara eran los senos de Dulce, y que, por lo tanto, quien había mantenido con él aquel diálogo para

sordomudos era ella. Es decir, que estaban emprendiendo juntos un viaje que seguramente no sería de luna de miel.

Por fin, el coche se detuvo. Paró el motor. Luego, se oyó el sonido de las portezuelas al ser abiertas y cerradas. El capó fue alzado y Alexander vio al mismo tiempo el rostro de Dulce, a su lado, y el resplandor de las estrellas, encima de ambos. Entre las estrellas y ellos, dos cabezotas y una voz.

—Tienen los ojitos abiertos. Yo creo que lo divertido sería hacer como en aquella película de aquel tío tan famoso que ya murió, me parece. Sí, hombre, el James Cagney, en la película «Al rojo vivo»: va el tío, y mientras se come un muslo de pollo se pone a llenar de balas el maletero, pero sin abrirlo, de modo que un sujeto que hay dentro, pues imagínate, queda convertido en una criba. Nos ahorraríamos…

Por detrás de Mac Manus llegó la voz sorda y furiosa de Warren Mac Pherson:

—Vamos, sacadlos ya de ahí.

Mac Manus y Jones ayudaron a Dulce y Alex a salir del portamaletas. Ya de pie junto al coche, siempre amordazados y atados, aunque ya no de pies, pues los dos empleados de Mac Pherson se los habían desatado para que pudiesen salir del coche, Dulce y Alex miraron hacia el otro vehículo. Ellos habían viajado en el de Dulce, y en el otro, el de Warren, habían viajado éste, Sheila, John Neilan y Jenkins. Estos dos últimos ayudaban a Neilan a caminar hacia la edificación que tenían delante, mientras Mac Pherson se acercaba a ellos.

—Llevadlos adentro. Después de la conversación, os los llevaréis de aquí en el coche de ellos.

—Sí, señor —asintió Jones.

Neilan, Sheila y Jenkins habían llegado ya ante la construcción, y Jenkins había encendido la luz. Alex vio una puerta y sobre ella un gran letrero luminoso; es decir, vio solamente, los tubos, pero el letrero estaba apagado. Mientras caminaban hacia allí pudo ver lo que ponía: «Lavandería».

Entraron todos en la lavandería, que parecía un bonito chalet, muy grande, visto desde el exterior. Por dentro, no. Se veía en seguida que estaba destinado a uso industrial. La clásica lavandería americana, grande, llena de máquinas. A un lado había enormes

montones de ropa blanca. En otro lado, grandes paquetes metidos en bolsas de plástico, ya preparados para la entrega a domicilio. Había pilas de paquetes de detergentes y cosas así…

—No puedo más —oyó el jadeo de John Neilan—. ¡Ya no puedo más, Sheila!

—Tienes que poder —gruñó Mac Pherson, acercándose al palidísimo cantante—. En primer lugar, no podemos llamar a un médico hasta que hayamos liquidado este asunto y podamos presentar un escenario adecuado para tu rotura de brazo. Y en segundo lugar, aunque ahora fuésemos a un médico, no podría hacer nada por ti.

—Pero al menos haría algo para calmarme el dolor…

—Eso también podemos hacerlo nosotros —sonrió siniestramente Mac Pherson—. Jenkins, ve a buscarle una dosis de morfina.

Jenkins, que estaba mirando a Alex con una expresión de odio estremecedora, se limitó a asentir y desapareció. Mac Pherson señaló hacia una puerta.

—Será mejor que no nos quedemos aquí. La lavandería está cerrada y si alguien pasase podría sorprenderse al ver luz. Vamos adentro. Dejaron las instalaciones de trabajo y pasaron a las administrativas y almacenes. Había verdaderas montañas de ropa sucia en aquel lugar, distribuida en varios cuartos, todos ellos a ambos lados de un anchísimo pasillo que terminaba en la pared del fondo, que era uno de los lados de la casa. Al fondo, se veía un agujero circular, reforzado con un aro metálico, y del cual sobresalía, como una puerta alzada, una trampilla metálica de rejilla, apoyada en una de las paredes. El pasillo estaba todavía húmedo. Alex se dijo que aquel agujero era el gran desagüe general de la lavandería, pero no tuvo ocasión de comprobarlo. Parecía un pozo de amplio diámetro, eso era todo.

—Metedlos ahí dentro y atadlos —dijo Warren—. Quitadles ya las mordazas, para que vayan cogiendo el ritmo de charla.

Mac Pherson había señalado una puerta a la que, desde el amplio pasillo, se accedía después de subir tres peldaños. Mac Manus abrió aquella puerta y vieron la gran cantidad de tuberías, volantes de válvulas, indicadores… El cuarto de máquinas.

Jones llegó en menos de un minuto con algunos cordeles, que

mostró a Warren. Éste encogió los hombros.

—Para el rato que van a vivir, ya es suficiente. Quítales las mordazas, Mac Manus. Bueno, espera; primero atadlos a esos tubos.

Dulce y Alex fueron amarrados a las tuberías. Luego les retiraron las mordazas, y ambos aspiraron profundamente. Mac Pherson, que tenía la boca convertida en un manchurrón sangriento debido al golpe recibido por parte de Alexander, se acercó a éste cuando aún estaba tomando aire y le golpeó en el estómago, con tan mala idea y acierto que, realmente, podía haberlo matado. Alex quedó como un cadáver, colgando de la tubería, hacia delante, forzando los brazos hacia atrás, como si fuesen ballestas sosteniendo un peso.

Dulce emitió un gemido y miró aterrada a Alex. Luego, sus desorbitados ojos fueron hacia Mac Pherson, que contemplaba iracundo a Alexander. Lo asió por los cabellos y le alzó la cabeza, pero, ciertamente, el poeta no estaba haciendo comedia alguna. Warren dejó caer su cabeza, que rebotó contra el pecho como si éste y el cuello fuesen de goma.

—Luego vendré a preguntarle algunas cosas. Vamos a ver a ese maldito Neilan.

Salieron Mac Pherson y los otros dos, dejando solos a Dulce y Alex en el cuarto de las máquinas. El silencio era total…, a excepción de alguna parte donde una gota caía, cada tres segundos aproximadamente.

—Alex… —susurró con voz temblorosa Dulce—. ¡Alexander!

Pero Alexander Butler, realmente, estaba sin sentido, desencajado el rostro, colgando en tan mala postura que los brazos podían dislocarse por los hombros de un momento a otro. Las gotas de agua seguían cayendo: ¡chop, chop, chop…!

Por fin, Alex abrió los ojos, se movió… Emitió un gemido y se irguió. Un gesto de dolor nubló sus facciones al colocar adecuadamente las articulaciones de los hombros. Luego, se quedó mirando a Dulce, que, a su derecha, sujeta a la misma tubería pero a un par de metros, le miraba ansiosamente.

—¿Quieres que te recite… un verso? —jadeó Alex.

—Oh, Dios mío… ¿Estás bien, mi amor?

—Me parece que no.

Aspiró aire profundamente y cuidadosamente. Le estaban dejando el estómago machacado. Le dolía tan sólo con respirar.

—Mac Pherson volverá dentro de un rato. Creo que quiere preguntarnos cosas.

Alex asintió con un gesto.

—Supongo que quiere estar seguro de que no le hemos dicho nada de todo esto a la policía. Y me pregunto si podremos mentirle al respecto. —Alex miraba hacia arriba mientras hablaba—. Si pudiéramos convencerle de que le hablamos de él a la policía, se mostraría prudente. Si no, nos matarán a los dos, Dulce.

La muchacha se mordió los labios, sin dejar de mirar a Alex como esperando el gran milagro. Por su parte, Alex seguía mirando hacia arriba. El techo debía estar a no menos de cinco metros y, casi a ras de techo, en una pared, había un ventanuco alargado que hacía de respiradero para el cuarto de las máquinas. Desde el ventanuco, la mirada de Alex fue hacia las tuberías. En realidad, era todo lo que había allí: grandes tuberías que distribuían el agua que entraba por una enorme, y válvulas que permitían el paso del agua o lo cerraban, hacia sus diferentes destinos en la lavandería. Pero las tuberías no llegaban hasta el techo…

—¿Qué estás mirando? —musitó Dulce.

—Estaba pensando que si las tuberías estuviesen más altas, podríamos llegar arriba, a esa ventana, subiendo por ellas.

—Pero, Alex, si ni siquiera podemos movernos… ¡Estamos atados!

—Acércate a mí.

—¿Cómo que me acerque…?

De pronto, Dulce se dio cuenta de que podía hacerlo. Estaba en el mismo tubo, de modo que sólo tenía que desplazarse hacia su izquierda y llegaría el momento en que las manos de ambos, si bien atadas a la tubería, podrían tocarse. Y quizá, uno de los dos tuviese los dedos lo suficientemente ágiles para soltar los cordeles que sujetaban las manos del otro. O ayudarse mutuamente.

¡Si consiguiesen…!

La puerta del cuarto de las máquinas se abrió y apareció Jenkins, mirando hacia el pasillo, como vigilante. Luego, volvió de pronto la cabeza y sus ojos parecieron taladrar a Alexander. Un escalofrío recorrió el cuerpo de éste al comprender lo que ocurría: el elefante se había enfadado, no le había gustado que le zurrase un hombre de menos envergadura pero de más inteligencia… Entró,

atrancó la puerta y, siempre mirando a Alex, sonrió siniestramente.

—De modo que mi querido amiguito está aquí, esperándome.

Alex se pasó la lengua por los labios. Jenkins sacó una navajita y se puso a limpiarse las uñas. Las dos sucias bombillas del techo reflejaban puntos de fría luz en la hoja de la navaja.

—Resulta que el señor Butler es todo un peleón, ¿eh? ¡Yaya, vaya, vaya, con el señor Butler! ¿Dónde aprendió a pelear, señor Butler?

—En la universidad —tragó saliva Alex—. Hice un poco de boxeo.

—Ah… La universidad y todo, ¿eh? ¡Gran cosa, eso de poder ir a la universidad! Uno se convierte en una persona culta y eso es muy importante. ¿A que sí, señor Butler?

—Desde luego.

—Yo no fui a la universidad, pero sé algunas cosas. Sé, por ejemplo, que con esta navajita puedo cortarle algunas cositas, como por ejemplo la… nariz y los… orejones ésos tan grandes que tiene y con los que se ha dedicado a enterarse de cosas que no le interesaban.

—Me interesaban —dijo fríamente Alex—. Jenny Lyles fue amiga mía.

—¿En el buen sentido o en el mal sentido? —sonrió Jenkins.

—Tal como usted habla, digamos que en los dos sentidos… Cada cosa a su tiempo. Una cosa de niños, otra de mayores.

—Ah, las amistades de la infancia… Entiendo. ¿También este bomboncito es una amistad de la infancia?

—No.

—Está muy asustada —rió Jenkins—. Y no hay para tanto; al fin y al cabo sólo se trata de morir. Por cierto, ¿les gustaría ir por el río juntitos… en un baúl?

—¿Quién hizo eso con Jenny? —murmuró Alex—. ¿Fue Neilan?

—No, no.

—¿Mac Pherson?

—No, no.

—¿Usted?

—No, no —rió de nuevo Jenkins.

—¡No pudo hacerlo Sheila!, así qué fueron sus dos amigos…

—Tampoco. La verdad es siempre sorprendente, señor Butler. Se

supone que yo no la sé, pero la sé. Se supone que no sé nada de nada, que no sé ni siquiera quién es la chica del baúl, pero ocurre que yo también tengo unos orejones tremendos, y hace unos días escuché una conversación entre el señor Mac Pherson y su linda esposa. ¿Quiere conocer usted también la sorprendente verdad?

—Me gustaría.

—Pues lo hicieron entre los tres. Quiero decir, entre Mac Pherson y esposa y el cantante.

—Usted no sabe lo que dice…

—Ya lo creo que lo sé. Lo que me pregunto es cómo voy a obtener beneficios de este conocimiento. Todavía estoy estudiando el modo de enfocarlo… ¿Y por qué no cree que lo hicieron entre los tres, vamos a ver?

—John Neilan es el amigo de Sheila… No creo que el señor Warren aceptase nada relacionado con él.

—Parece mentira que diga esas tonterías. ¿Acaso no los ha visto juntos? Le diré lo que pasó: Jenny Lyles, que era la amiguita de turno del señor Mac Pherson, se enteró de lo de Sheila y el cantante de ópera, así que fue a ver a la señora Mac Pherson y le dijo que sabía lo que sabía, y que, o bien Sheila aceptaba divorciarse del señor Mac Pherson, o ella le diría al señor Mac Pherson lo que estaba haciendo su esposa con el guapo cantante. La señora Mac Pherson le pidió unos días para darle una respuesta, y… ¿qué hizo la señora Mac Pherson? Pues se fue a contarle la verdad a su marido. Pero ni siquiera le dio tiempo a ponerse furioso; le dijo que si él hacía caso a la golfita de la Lyles o intentaba algo contra ella y Neilan, ella tenía escrita una confesión en determinado lugar que en caso de su muerte, sería enviada a la policía. En esa confesión, Sheila Mac Pherson detalla minuciosamente todos los negocios sucios del señor Mac Pherson, empezando por éste de la lavandería… ¿No tiene gracia? ¡Una lavandería que es un negocio sucio!

—Sí… Tiene mucha gracia.

—Vaya que sí. ¿Sabe cuál es la auténtica actividad de ésta lavandería? Pues es el depósito para distribución de drogas en Nueva York. Aquí llegan los grandes paquetes, y desde aquí se distribuyen a hoteles, casas particulares, pensiones… Con la ropa limpia. ¿Comprende? ¡Ropa limpia, pero sucia! ¿Comprende?

—Sí. ¿Qué más negocios sucios tiene el señor Mac Pherson?

—¡Uf! —Agitó una mano Jenkins—. ¡Para morirse, créame! Y claro, la señora Mac Pherson los conoce casi todos. Así que le dijo a su marido que si la molestaba o nos enviaba a nosotros a darle su merecido a Neilan, o algo así, ella lo denunciaría todo. Mac Pherson le dijo que si quería el divorcio, él estaba dispuesto a concedérselo, pero ella se echó a reír. ¡Nada de divorcio, por el momento! Las cosas estaban bien así, de momento, ya que Neilan no tiene nunca un cochino dólar, y mientras ella fuese la esposa de Mac Pherson, podría ayudar a su amigo…

—¿El señor Mac Pherson soportó eso?

—Ya ve. ¡La de cosas que se oyen! En realidad, y siempre bajo la amenaza de esa víbora y de su carta que iría a parar a la policía, el señor Mac Pherson aceptó muchas más cosas, como por ejemplo introducir a John Neilan en el Boomerang como atracción principal y, antes de un año, entregar a su esposa un millón de dólares. Si hacía ambas cosas, y para entonces John Neilan había conseguido triunfar, pese a que canta como un gato viejo, la señora Mac Pherson y su gato viejo se irían, dejando libre y tranquilo al señor Mac Pherson. Y así estaban las cosas de bien entendidas entre los Mac Pherson y el amiguito de ella, cuando entra en funciones Jenny Lyles, el caprichito actual del señor Mac Pherson, y se entera de los asuntos de Sheila con el cantante. Jenny amenaza a Sheila, ésta se va a ver a su marido y se lo cuenta todo, y entonces se dan cuenta del lío en que están metidos por culpa de Jenny Lyles.

—¿Por culpa de Jenny?

—Claro. Resulta que Mac Pherson no puede pedirle el divorcio a su esposa porque ésta le denunciaría. Pero si no se lo pide, Jenny creerá que es Sheila quien no quiere concedérselo. Entonces Jenny le dirá a Mac Pherson que su esposa le está traicionando. Y si una vez enterado de esto Mac Pherson no hace nada, Jenny quedaría sorprendida y sospecharía algo. Quizá comenzase a hablar por ahí con todo el mundo de la infidelidad de Sheila y de la extraña actitud de Warren Mac Pherson… En definitiva, Jenny Lyles, que es una tunanta de campeonato, les puede ocasionar, cuando menos, muchas molestias, situaciones embarazosas, etcétera. ¿Y qué deciden los esposos Mac Pherson?

—¿Asesinarla?

—Exactamente.

—No es posible.

—Oiga, usted es un ingenuo, ¿verdad? ¡Claro que es posible! Ya le he dicho que estuve escuchando una sabrosísima conversación entre los Mac Pherson, sin que ellos me viesen. Lo hicieron. Pero no solos. El señor Mac Pherson dijo que el «puerco cantante ése» también, tenía que intervenir, y Sheila dijo que de acuerdo. Se pusieron de acuerdo, en efecto. Mac Pherson engañó a Jenny Lyles para que se despidiese del apartamento y dijese que se iba de Nueva York. La citó no sé dónde… y allá la estaban esperando los tres, con el baúl.

—Pero… ¿cuál de los tres la estranguló?

—Los tres, hombre, los tres, ¿no se lo estoy diciendo? Primero sujetaron a Jenny los Mac Pherson, y Neilan la estranguló o casi la estranguló. Luego apretó Sheila. Después Mac Pherson. Luego otra vez Neilan… y así los tres fueron sujetándola y apretando, por turnos, de modo que si alguna vez se descubría el asunto, tendrían que acusarlos a los tres o a ninguno. La solución: a ninguno, ya que los tres negarían haberla matado, acusando a los otros dos.

—Por el amor de Dios… ¡Eso no puede ser cierto!

—Oiga, de verdad que es usted sensible, amigo. ¿A qué se dedica?

—Escribo versos.

Jenkins quedó estupefacto.

—Escribe… ¿qué? —graznó.

—Versos.

—¿Qué te parece? —Se rascó la nuca Jenkins—. ¡Versos! Eso sí que me deja pasmado, amigo.

—Más pasmado estoy yo, después de lo que me ha contado. ¡Y pensar que parecía un crimen pasional!

—Qué gracioso, ¿verdad?

—Sí… Aunque en cierto modo lo es. Sí, en cierto modo es un crimen pasional, ya que ha sido motivado por la pasión… por el dinero.

—Oiga, ¡usted tiene chispa! ¡Es verdad, ha sido un crimen pasional, pasional por el dinero! ¡Qué bueno, oiga…! Me gustaría poder poner en circulación ese chiste.

—¿A usted le parece un chiste todo esto?

—¡Hombre…! ¿Qué otra cosa? Usted no se da cuenta de la gracia que tiene. Crimen pasional… ¿Comprende? Pasión por el dinero, ¿no se da cuenta? La chispa del…

Jenkins se volvió vivamente hacia la puerta, que se había abierto bruscamente. Mac Manus apareció, a nivel más bajo que el piso, pues estaba en el segundo escalón.

—Pero ¿qué demonios haces aquí? —masculló—. ¡El señor Mac Pherson te está buscando!

—¿Qué quiere?

—¡A ver si te tendrá que dar explicaciones! Pero te las va a dar, ya lo creo; la morfina que has traído para ese Neilan es de la adulterada, imbécil. Y parece que al tipo hay que cuidarlo muy bien.

—Maldita sea…

Soltando diversas maldiciones, Jenkins salió del cuarto de las máquinas, cerrando al salir. En pocos segundos, de nuevo se oyó solamente el chop, chop, chop de las gotas de agua. Alexander miró a Dulce, que parecía alucinada, aunque no mucho más que él mismo.

—Creo que puedo desplazarme por la tubería —musitó.

—Es horrible. —Dulce se estremeció—. ¡Eso que ha dicho ese hombre es horrible, Alexander!

—Sí. Intenta tú hacer lo mismo… Si nos dan tiempo, quizá podamos soltarnos. Vamos, inténtalo, Dulce. Por favor, reacciona.

—Sí… Sí, sí.

Comenzaron a acercarse uno a otro, deslizando los cordeles por las gruesas tuberías del agua. Fue cuestión de pocos segundos quedar codo con codo, sin complicación alguna. La labor más difícil la realizó Dulce a partir de aquel momento; era lo lógico, considerando que tenía las manos más finas y flexibles. Alex no lo habría conseguido, pero ella sí lo logró. Poco a poco, con las puntas de los dedos y las uñas, fue deshaciendo los nudos de los cordeles que sujetaban a Alex, precipitadamente hechos por los hombres de Warren Mac Pherson, hasta que, finalmente, de un tirón, Alex quedó libre.

Sin perder un instante, soltó las manos de la muchacha, y cuando ella, apenas libre, echó a correr hacia la puerta del cuarto de máquinas, la asió de un brazo, rudamente.

—¿Qué haces? —exclamó—. ¿Estás loca? ¡Si salimos por ahí nos van a ver y no tengas la menor duda de que nos matarán a balazos!

—Pe… pe… ro tenemos… tenemos que escapar, así que…

—Escaparemos por la ventana —señaló Alex hacia arriba…

Dulce alzó la mirada hasta donde estaba la estrecha ventana, cerca del techo. Luego, miró a Alex como si fuese éste quien hubiese perdido el juicio.

—Es imposible llegar ahí arriba, Alex…

—¿Sabes nadar?

—Claro que sí, pero…

Dulce captó la sonrisilla extraña de Alex. Luego miró de nuevo hacia la ventana, miró hacia la puerta, de nuevo a Alex… De pronto se abalanzó hacia una de las grandes válvulas y comenzó a girarla, como si fuese el volante de un automóvil. Se oyó un chirrido y, en alguna parte, un impetuoso correr de agua. Alexander movió otra válvula, y el rumor de agua corriendo se hizo más intenso, pero el agua no aparecía por parte alguna.

—Dame esa llave inglesa —señaló Alex.

Dulce se la llevó. En menos de medio minuto, las tuercas qué fijaban dos secciones de una de las gruesas tuberías cayeron al suelo. Luego, ambos volvieron a manejar las válvulas. El rumor del agua se acrecentó y, súbitamente, la juntura de la tubería saltó con fuerza, impulsada por un enorme chorro de agua que fue a dar contra una pared. El agua comenzó a entrar en el cuarto de máquinas a velocidad impresionante, con un caudal superior a los cien litros por segundo. Alexander separó la juntura de otra tubería y el caudal de entrada se duplicó. Cuando quiso hacer lo mismo con un tercero, ya no tuvo tiempo, tal era la altura alcanzada por el agua, cuyo nivel iba subiendo a ojos vista. En menos de tres minutos, Alexander y Dulce dejaron de hacer pie. Y el agua seguía llegando, ahora mansamente, pues el nivel rebasó en seguida el de la juntura de las tuberías. Borboteaba, se veía una ligera espuma, y eso era todo…, mientras los dos, flotando, iban acercándose más y más a la alargada ventana cercana al techo.

Y finalmente, llegaron a ella. Alex la abrió y empujó a Dulce hacia ella.

—No saltes —aconsejó, escupiendo agua—. Espera a que yo salga. Me colgaré del borde, de modo que podrás descolgarte

agarrándote a mí y saltar a tierra desde una altura de menos de dos metros. Si te rompes una pierna, no grites.

—Alex, no podré, no podremos…

—Podremos. Haz lo que te he dicho.

Primero salió él por la ventana, se colgó del borde, y la distancia desde sus pies al suelo fue entonces de unos tres metros. Dulce salió después, y fue descendiendo agarrándose al cuerpo de Alex… mientras el agua rebasaba ya el borde de la ventana y comenzaba a chorrear por la pared. Dulce llegó a los pies de Alex y miró hacia abajo. Desde sus pies al suelo había poco más de metro y medio.

Se dejó caer, abriendo mucho los ojos, aterrada. Rebotó con tal fuerza que se dio con la barbilla contra las rodillas y cayó para atrás, gimiendo de dolor. Arriba, Alexander la miró, pero comprendió que nada grave había sucedido y se dispuso a soltarse y a concentrarse en el salto, para flexionar las piernas con la fuerza debida… Justo entonces, el agua comenzó a bajar rápidamente de nivel dentro del cuarto de las máquinas.

Se oyó un sonido como de un gigantesco sumidero, y Alex contempló, asombrado, el veloz descenso del nivel del agua.

—Qué demonios… —masculló—. ¡Yo me largo!

Se dejó caer y cuando sus pies tocaron el suelo creyó que se rompían todos sus huesos. Pero no fue así, y tras rebotar y rodar por el suelo, pudo ponerse en pie. Un poco más allá, Dulce le miraba como alucinada.

—¡Al coche! —gritó Alex—. ¡Al coche, de prisa! ¡Me parece que han abierto la puerta, así que ya deben saber que nos hemos escapado por la ventana…!

CAPÍTULO V

Según los periódicos, la muchacha del baúl todavía no había sido identificada, a pesar de que tras conseguir sus huellas digitales con notable dificultad, habían sido enviadas incluso al FBI, en cuyos archivos centrales no constaban. Se elogiaba la habilidad del gabinete técnico de la Policía para conseguir las huellas digitales en aquellas manos hinchadas y en las que la piel precisamente estaba a punto de saltar; se elogiaba la labor de identificación que se estaba realizando… Y eso era todo.

—Estupendo —dijo Alex, dejando el periódico a un lado—. La vieja Madge seguirá sin saber que Jenny ha muerto.

—Supongamos que la vieja Madge viviese diez años más, Alexander —dijo Dulce—: ¿seguirías teniendo a la policía ignorante de la personalidad de Jenny?

—Claro. Jenny no ganará nada con que su nombre sea publicado en la prensa, y en cambio, la vieja Madge se llevaría un disgusto terrible. ¿Qué hora es?

—Hace cinco minutos eran las cuatro y treinta y cinco de la tarde. Ahora son las cuatro y cuarenta minutos.

—Pregunto demasiadas veces la hora que es, ¿verdad?

—Yo creo que sí. Mañana mismo te regalaré un reloj.

—Si llegamos vivos a mañana: yo me estoy muriendo de aburrimiento. Me parece que eso de hacer de detective es mucho menos divertido de lo que la gente cree.

Dulce Rosewall asintió, por la sencilla razón de que estaba completamente de acuerdo. Llevaban prácticamente todo el día apostados delante de la casa de Warren Mac Pherson, sita en la Tercera Avenida. Habían conseguido estacionar el coche, y quizá eso era lo malo, pues el sol, todo el día sobre la plancha metálica, la

había convertido en una auténtica parrilla.

Habían ido saliendo del coche una vez cada uno, para atender sus diversas necesidades: comprar bocadillos, cerveza, cigarrillos, etc. Y la verdad era que, casi las cinco de la tarde ya, los dos estaban poco menos que muertos de aburrimiento.

—Y lo peor de todo —añadió Dulce, tras unos segundos de reflexión— es que nos olvidamos de recoger tus versos: habrías podido leérmelos mientras esperábamos.

—Yo creo que hasta habría tenido tiempo de leerte la Biblia completa —refunfuñó Alex.

—¿Recuerdas de memoria alguno de tus versos?

—Naturalmente. Tengo uno precioso, escucha:

«En este bello capullo donde se…».

—Alex, llega una visita.

Alexander miró vivamente hacia la casa de Mac Pherson. En efecto, un taxi se había detenido delante. Cuando vio salir al pasajero, Alex frunció el ceño y soltó un gruñido.

—¿Ves a ese elefante? —señaló—. Pues él tiene la culpa de mis dolores de estómago.

—¿Es el que te pegó?

—Sí. Se llama Jenkins. Maldita sea, soy un bobo. ¡Si llego a saber que esa máquina de pegar no estaba en la casa…!

—De todos modos, no se puede entrar en una casa así como así, sin el permiso del dueño. Y me parece que el señor Mac Pherson no debe tener el menor interés en recibirte.

—Míralo, al bestia ése —farfulló Alexander—: es más alto y más fuerte que un elefante. ¡Y cómo pega! Pero, claro, pagará su factura. Igual que los otros dos.

—¿Quieres decir que irás a buscarlos para pegarles? —rió Dulce.

—No hay nada imposible en el mundo, dulce amada. Sólo hay que saber orientar las cosas de modo que rueden a nuestro favor. Yo siempre recuerdo a un amigo que tuve en mis años juveniles… Era pequeño y enclenque, pero tenía más mala uva que una gata castrada. Y cuando se molestaba había que tener mucho cuidado con él: siempre se las arreglaba para que tuvieses que arrepentirte de haberle molestado.

—El elefante debe haber venido a recoger al señor Mac Pherson, quizá.

—Sí. Bueno, algo tiene que ocurrir pronto. Esperaremos.

Ya no tuvieron que esperar mucho. Poco más tarde de las cinco, vieron salir de la casa a Mac Pherson y a Jenkins. Éste fue al garaje, sacó el coche y lo detuvo ante la puerta de la casa. Warren Mac Pherson subió al vehículo y éste se alejó.

Dulce puso en marcha el motor de su coche, pero Alexander le hizo un gesto.

—Espera. No quiero que se den cuenta de que los seguimos. Vamos a darles un poco de ventaja.

—Seguramente van al club, a pasar cuentas sobre los ingresos de anoche —encogió los hombros Dulce—. Yo creo que no vamos a sacar nada en claro siguiéndoles, Alexander.

—Sacaremos algo en claro en cuanto Mac Pherson quede a mi alcance. Quiero hablar con él, y tengo que encontrar la ocasión. Maldita sea, creía que Jenkins estaría en la casa… Me está bien empleado, por no atreverme a ir allá y decirle que quería romperle la cara. Esos tipos son muy valientes cuando… ¡Vaya, la pelirroja!

De la casa acababa de salir la esposa de Mac Pherson, que se dirigió con caminar vivo y airoso hacia la calle.

—El señor Mac Pherson debía tener mucha prisa, cuando no ha querido esperarla —dijo Dulce.

Alex no contestó. Estaba mirando fijamente a la atractiva pelirroja. Se había detenido en el borde de la acera, y Alex comprendió que iba a llamar un taxi. Así fue, en efecto. La señora Mac Pherson subió al taxi, que comenzó a alejarse.

—Ve tras el taxi —musitó Alex.

—¿La seguimos a ella? —se sorprendió Dulce.

—Ya sabemos que él está en su club. O cuando menos, sabemos que está ese bestia con él, así que de momento no podríamos hacer nada. Veamos a qué se dedica la señora Mac Pherson, y si no nos interesa, pensaremos en el modo de acceder al señor Mac Pherson sin perder ya más tiempo. A fin de cuentas, puesto que tengo el vengativo propósito de romperle la cara a Jenkins, no tengo por qué demorar demasiado ese placer.

—¿Y si te la rompe él a ti?

—Imposible. La tengo demasiado dura. No te distraigas: si pierdes de vista ese taxi, soy capaz de recitarte otra vez los versos de la feísima vieja.

Dulce rió alegremente y partió tras el taxi.

Y no lo perdió de vista mientras fue conveniente.

El taxi se detuvo en una esquina tan sólo cinco minutos más tarde. La pelirroja señora Mac Pherson se apeó, y apenas se había alejado el taxi cuando un coche particular se detuvo delante de ella.

Sin vacilar, la pelirroja entró en el coche particular, que siguió su marcha; apenas se había detenido un segundo. Dentro del coche de Dulce, ésta y Alex cambiaron una mirada.

Y eso fue todo. Dulce partió en pos del coche, decidida a no perderlo de vista ocurriese lo que ocurriese.

No ocurrió nada. El automóvil perseguido cruzó por Queens por Queensboro Bridge, y continuó como en dirección al aeropuerto. Pero no. Siguió adelante, y finalmente entró en el recinto de un discreto motel situado en las inmediaciones de Kissena Park.

Dulce detuvo su coche fuera del motel, y miró expresivamente a Alexander, que sonrió, pero fruncido el ceño.

—¿Qué te parece? —musitó—. La bella señora Mac Pherson tiene una vida súper privada.

—¿Qué hacemos?

—Tú espérame aquí.

Alexander se apeó, y entró a pie en el recinto del motel. Salió unos quince minutos más tarde, y se sentó de nuevo junto a la impaciente muchacha.

—¿Qué has estado haciendo ahí dentro?

—Pedir turno para la pelirroja.

—¡Oh, Alexander…!

—Me he enterado de cómo se llaman en el motel ese par de tortolitos: señor y señora Clayborn. Están en la cabaña 19. Después de asegurarme de eso he ido a ver al encargado del motel, y le he dado a elegir entre veinte dólares o un escándalo tremendo que iba a arruinar el motel si no me decía quiénes estaban en la cabaña 19. ¿Sabes qué ha creído el sujeto?

—¿Qué?

—Que yo era un detective privado… ¿No es gracioso?

—Pues no —rió Dulce—, porque tienes muy buena facha… ¿Qué más has sabido?

—Nada más, salvo que no es la primera vez que vienen por aquí. Le he advertido al encargado que si avisa a los Clayborn de que

están bajo vigilancia, se la va a cargar en grande, y no creo que lo haga. Le es más rentable y cómodo hacerse el tonto.

—¿Qué sacamos en claro con todo esto, Alexander?

Alex Butler se rascó la nuca.

—Aparte de que el mundo es un asco, nada. Pero… Bueno, quizá podamos utilizar nuestro descubrimiento de algún modo. Mientras pensamos en ello, esperaremos a la parejita.

El señor y la señora Clayborn salieron del motel cerca de las siete de la tarde. Dulce reanudó la persecución de otro vehículo, que se detuvo, diez minutos más tarde delante de un pequeño restaurante de aspecto muy agradable e íntimo. La pelirroja y su acompañante entraron en el restaurante.

—Lo que no se puede negar —dijo Dulce— es que el hombre es muy guapo, Alexander.

—¿Más que yo?

—Sí. Pero… Bueno, para mi gusto es incluso demasiado guapo. A mí me gustas más tú, porque tienes… otro aspecto.

—¿Qué aspecto?

Dulce se abrazó a Alex, y le besó en los labios.

—¿Te importa que te lo diga esta noche? —susurró.

—Te advierto que ya no tengo más champaña.

—Es igual. O mejor aún: compraremos una botella.

—Siempre dije que me casaría con una mujer rica. Sólo que me temía que sería vieja, gorda, fea y peluda.

—¿Y yo no lo soy?

—Más bien no.

—¿Cómo soy yo?

—¿Te importa que te lo diga esta noche?

Dulce volvió a reír quedamente, antes de volver a colocar su tierna boquita sonrosada en la bocaza de Alexander Butler. Tuvieron tiempo para besarse largamente, pues los señores Clayborn no abandonaron el restaurante hasta las ocho menos unos pocos minutos. Entraron en el coche, y éste emprendió regreso a Manhattan.

—Apuesto a que ahora, como anoche, la señora Mac Pherson llegará al Boomerang, pedirá una botella de champaña, y se dedicará a esperar fielmente a su marido…, el cual estará convencido de que su dulce mujercita ha estado en casa cenando

sola o algo parecido, mientras él atendía sus negocios. Puerca vida.

—¿Seguimos tras ella?

—Sí. Y cuando ella salga del coche iremos tras él, a ver adonde va. Quizá podamos saber quién es realmente… Y sin quizá: no pienso perderle la pista a ese sujeto.

—¿Crees que puede tener algo que ver con el asesinato de Jenny?

—De lo que sí estoy seguro es de que tiene que saber tantas cosas de Mac Pherson que quizá pueda ayudarnos. Tendrá que hacerlo, si no quiere que le arruinemos el plan. Estoy seguro de que si le digo que le voy a decir a Jenkins que se ha pasado la tarde con la mujer de su patrón, el guapo ese se va a desmayar del susto. No pierdas de vista el coche.

El coche del señor Clayborn regresó a Manhattan. Allí, la señora Mac Pherson se apeó, y comenzó a mirar en busca de un taxi; pero Dulce y Alex ya no le hicieron el menor caso. Dulce condujo por la atestada Manhattan en pos del otro coche, que quince minutos más tarde entraba en un estacionamiento subterráneo. Hicieron lo mismo, dejaron el coche en una plaza junto a una columna, y semi ocultos por ésta vieron apearse al apuesto señor Clayborn. Lo siguieron a pie a la superficie, y lo vieron entrar en una pequeña sala de fiestas de la Calle 42 Oeste, cerca de Times Square.

Diez minutos más tarde, mientras engañaban su apetito tomando un *whisky* en la barra de la sala de fiestas, Alexander y Dulce sabían ya algunas cosas sobre el guapo señor Clayborn. En primer lugar, su nombre auténtico era John Neilan. En segundo lugar, trabajaba como cantante en el club. En tercer lugar, su actuación comenzaría precisamente muy pronto. No era, ni mucho menos, una figura relevante del espectáculo. Guapo, sí, lo cual quedaba claro viendo las fotos de él que había en el vestíbulo, pero como cantante, resultaba más bien del montón. De relleno.

Y en efecto, cantaba ni bien ni mal. Dulce y Alexander le estuvieron escuchando, impávidos, sentados a la barra. Cuando el guapo terminó su actuación, Alexander saltó del taburete y se dirigió hacia la puerta del fondo del local. No valía la pena decir nada, pues ya habían convenido con Dulce lo que iban a hacer.

Así pues, después de terminar su actuación, John Neilan, alias señor Clayborn, recibió la visita de Alexander Butler en su estrecho,

angosto, casi tétrico camerino.

—¿Qué desea? —se sorprendió al ver a Alex en el pasillo.

—Me gustaría conversar con usted unos minutos… ¿Quizá está muy ocupado para recibirme?

—No… No, no. Ya no intervengo en el espectáculo hasta el segundo pase, a las once y cuarto. Pase.

Alex entró en el camerino, y torció el gesto. Luego se volvió, para mirar detenidamente a John Neilan, alto, apuesto, impecable con su serio traje de etiqueta con el que acababa de actuar.

—Yo diría que profesionalmente no le van muy bien las cosas, señor Clayborn.

—Bueno, hay tiempos malos y tiempos buenos. Ya me las…

De pronto, bruscamente, John Neilan cayó en la cuenta de cómo le había llamado su visitante. Palideció, y enmudeció tan bruscamente que se quedó con la boca abierta. La cerró de golpe, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Quiere que salgamos a tomar un trago? —propuso Alex.

—¿Quién es usted?

—Soy un hombre que puede buscarle muchos problemas… si usted no me ayuda a resolver uno solo, señor Clayborn. Naturalmente, usted conoce al señor Warren Mac Pherson, ¿no es así? Y sabrá que él tiene empleados a tres bestias que pueden hacerlo picadillo. Si yo fuese el señor Mac Pherson y me enterase de cierto asuntillo, usted quedaría apto para preparar un buen montón de hamburguesas. ¿Me comprende usted, señor… Clayborn?

—¿Qué es lo que quiere? —susurró Neilan.

—Estoy seguro de que a usted, por sus actuales circunstancias, le debe interesar estar muy al corriente de la vida del señor. Mac Pherson, de sus idas y venidas. Por lo tanto, tiene que saber si él conocía a una muchacha llamada Jenny Lyles.

—No… No sé nada de eso…

—Será mejor que active su memoria, señor Clayborn. Jenny Lyles era una linda joven de cabellos rubios, que acudía con frecuencia al Boomerang Club. También sé de ella que hablaba de un tal Warren, y que éste tenía un Thunderbird descapotable… Con todos estos datos, me parece poco probable que el Warren de Jenny Lyles y el señor Warren Mac Pherson sean dos personas diferentes. ¿Me comprende?

—Sí… Sí.

—¿Y bien?

—Sé que Jenny Lyles era amiguita de Mac Pherson.

—Ya… Sí, entiendo. Más o menos, tan amiguita como lo es de usted la señora Mac Pherson.

—Sí, más o menos.

—¿Qué más sabe de uno o de otro, o de los dos?

—¿Qué más? Pues nada más… No le comprendo. ¿Qué más tendría que saber?

Alex se quedó mirando especulativamente a John Neilan. Por fin, hizo un gesto como de conformidad.

—Voy a decirle algo que le hará comprender lo grave del asunto, señor Clayborn: Jenny Lyles fue estrangulada y tirada al río dentro de un baúl hace alrededor de un par de semanas…

—¿Es la chica del baúl que mencionan los periódicos?

—Exactamente.

—Entonces, ¿es usted de la Policía?

—No. Ni quiero que la policía sepa nada de esto. De modo que vamos a hacer un trato: los dos callaremos. Yo no le diré al señor Mac Pherson nada sobre usted y su esposa, y usted olvidará este asunto. ¿Le parece bien?

—Pero… no le comprendo a usted. Bueno, creo entender que usted sospecha que… que Mac Pherson ha sido quien ha estrangulado a esa chica, pero…

—No se complique la vida, créame. Simplemente, olvídelo todo. ¿De acuerdo?

—No sé… La verdad es que a mí no me interesa aparecer mezclado en este asunto. Ni en ningún otro. Bueno, usted ya me entiende, señor… señor…

—Adiós, señor Clayborn. Y allá usted si decide complicarse la vida.

Alex dio media vuelta, y un paso en dirección a la puerta del camerino, pero se volvió en seguida, alzando un dedo en señal de advertencia.

—Y no se le ocurra…

Todo lo que tuvo tiempo de hacer fue respingar fuertemente, de tal modo que se atragantó, y al mismo tiempo alzar el brazo izquierdo por encima de su cabeza. La gruesa percha de madera,

con la que John Neilan le habría golpeado en la cabeza, chocó contra su antebrazo, cerca del codo, ocasionándole tal dolor que palideció y se quedó sin respiración, con la boca desencajada y los ojos muy abiertos… Neilan emitió un gruñido y volvió a alzar la percha, mientras en sus ojos aparecía un destello de furia y de miedo a la vez.

Estaba a punto de lanzar un nuevo golpe cuando Alex, simplemente, alzó de pronto la pierna derecha, dirigiendo el pie hacia las ingles de Neilan. El impacto fue certero, y Neilan emitió un alarido ahogado, como hacia dentro, palideció aún más y sus ojos se desorbitaron. La percha escapó de entre sus dedos. Alexander se acercó un paso y descargó un puñetazo escalofriante con la derecha, que acertó a Neilan en plena nariz.

Fue como si hubiese reventado un tomate… Salpicando sangre a todos lados, John Neilan cayó hacia atrás, manoteando, y rodó de espaldas. Se colocó en seguida de rodillas, y se llevó las manos a la sangrante nariz, convertida en papilla. Lanzó tan horrenda maldición referente a la familia de Alexander, que éste quedó lívido; mientras, todavía barbotando maldiciones, Neilan comenzaba a ponerse en pie, y su mano derecha se apoyaba en el tocador. Alexander sólo miró allí cuando vio el destello.

Entonces vio las tijeras en la mano de Neilan. Y eso fue ya lo que dio rienda suelta a toda su auténtica mala uva.

Que no era poca, realmente.

El siguiente puntapié acertó a Neilan en la rodilla derecha. Un golpe inesperado, y tan doloroso, que ahora fue Neilan el que se quedó sin respiración. Y así estaba cuando Alexander le envió al fondo del camerino sin sentido con tres velocísimos golpes, uno en el estómago, otro en el hígado y el tercero de nuevo en la aplastada nariz.

Jadeando, con los puños cerrados, Alexander se quedó mirando a John Neilan. Le parecía que lo estaba viendo a través de una leve nube oscura. Cerró de pronto los ojos, y estuvo así unos segundos. Por fin, aspiró profundamente y se relajó. Se sentó en la silla que había frente al tocador, y se quedó mirándose. Al principio no se reconoció, tan pálido y demudado estaba. Había una idea que estaba dando vueltas por su mente, pero sin concretarse. Todavía necesitó casi medio minuto para concretarla y admitirla: John

Neilan había querido golpearle, pero no sólo eso, sino que había estado dispuesto a clavarle unas tijeras.

Se pasó las manos por la cara, que estaba fría. Si no se hubiese vuelto para advertir a Neilan que no debía decirle nada de aquello a la esposa de Mac Pherson, ahora estaría tendido en el suelo, con la cabeza rota de un golpe de percha.

—Si aviso a la Policía, ya no podré conseguir que Jenny continúe sin identificar, de modo que la vieja Madge se enteraría —se dijo—. Y por otra parte, ya que me estoy dedicando a acusar a Warren Mac Pherson, me pregunto cómo voy a terminar sin ayuda de la policía.

Tras otro minuto de reflexión, decidió continuar solo, de momento. Pero asegurándose de que John Neilan no podría ocasionarle molestias, así que le ató y amordazó con todo cuanto encontró en el camerino, dejándolo convertido en un gran fardo.

Luego, ya más tranquilo, salió del camerino, y regresó a la sala. Captó el suspiro de alivio de Dulce, que seguía sentada ante la barra. Fue a sentarse junto a ella, y musitó:

—Vámonos. Por el camino te diré cómo están las cosas.

—Pero ¿adónde vamos?

—Al Boomerang Club, desde luego.

CAPÍTULO VI

—¿Lo has entendido bien?

—Claro —asintió ella—. Pero si consigues eso, será inevitable que la policía se entere. Y la prensa… Bueno, será imposible evitar que tarde o temprano la vieja Madge se entere de que su nieta fue estrangulada.

—Pero si fue Mac Pherson quien la estranguló, no puedo ocultarlo a la policía —murmuró Alex.

—No, desde luego. A menos que hagas un trato especial con Warren Mac Pherson.

—¿Un trato especial?

—Podrías dejar correr el asunto… hasta que muriese la abuela de Jenny Lyles.

—De ninguna manera. En fin, no sé cómo se arreglará eso. Lo que sí sé seguro es que si ese tipo estranguló a Jenny, no va a salir bien librado.

—¿Y si no fue él?

—¿Quién si no? Jenny escribió a su abuela que se iba a casar con Warren. Quizá dijo eso pensando que él era soltero, o es posible que él le estuviese haciendo promesas de divorciarse de su actual esposa para casarse con ella… Finalmente, Jenny debió ponerse muy pesada, y Mac Pherson decidió que era mejor eliminarla que continuar con ella.

Dulce Rosewall quedó pensativa. Por fin asintió y se dispuso a salir del coche.

—Haré todo tal como me has indicado, Alexander.

—Bien. Os espero aquí.

La muchacha salió del coche y se encaminó al Boomerang. Entró en el local y se fue directa a la barra. Uno de los camareros se le

acercó, sonriente. No le dio tiempo a preguntar.

—Quiero ver al señor Mac Pherson —dijo—. Y con urgencia.

—¿Quién digo que le busca?

Dulce movió negativamente la cabeza. El camarero la miró extrañado, y se alejó hacia el teléfono de comunicación interior. Hizo una llamada, habló unos segundos y colgó. Luego se desentendió por completo de Dulce. Aún no había transcurrido un minuto cuando un hombre se acercó a la barra y, tras mirar al camarero, miró en dirección a Dulce. Se acercó a ella.

—¿Es usted quien quiere ver al señor Mac Pherson?

—Sí. Con urgencia y sin explicaciones de ninguna clase.

—Bueno —sonrió el sujeto—, me temo que en estas condiciones el señor Mac Pherson no recibe a nadie, señorita.

Dulce vaciló un instante.

—Está bien… Soy una amiga de Jenny. Jenny Lyles.

—Ah, ya. ¿La está buscando?

—No exactamente.

—Aun así, debo decirle que la señorita Lyles está fuera de Nueva York. Entiendo que…

—No —cortó Dulce—, usted no entiende nada. Llévame ahora mismo con el señor Mac Pherson o vaya a decirle que se atenga a las consecuencias.

El hombre, que era uno de los amigos de Alexander de la noche anterior, quedó dubitativo unos segundos. Acabó por sonreír.

—Bueno, venga conmigo.

La condujo hasta el despacho de Warren Mac Pherson. Allí estaban reunidos éste, su bella esposa pelirroja, el gigantesco Jenkins, y el otro amigo de Alexander que había formado pareja con el primero, sujetándole los brazos mientras Jenkins le golpeaba.

—Lo siento, señor Mac Pherson —dijo el sujeto, pero sólo quiere hablar con usted.

—Y completamente a solas —dijo Dulce.

Los tres empleados de Mac Pherson consultaron a éste con la mirada, mientras la pelirroja se dedicaba a mirar con su habitual gesto de ironía a Dulce.

—Está bien. Salid todos… Tú también, Sheila, querida, si no te molesta.

—Claro que no, cariño. Te espero tomando champaña, como

siempre.

Se puso en pie y se desplazó con hábil contoneo hacia la puerta. El sujeto que había acompañado a Dulce se apresuró a volver a abrirla. Desde la puerta, Sheila tiró un beso con los dedos a su marido, que sonrió muy complacido.

—Hasta ahora, querida. Jenkins, Mac Manus, Jones, esperad en el pasillo, por favor.

Quedaron solos Dulce y Mac Pherson. Éste se acercó a la muchacha, ofreciéndole cigarrillos en una bonita caja de música. Dulce negó con la cabeza.

—¿Usted no identificó en los periódicos el cadáver de Jenny Lyles señor Mac Pherson?

A éste casi se le cayó la caja al suelo. Se quedó lívido, mirando fijamente a Dulce. Por fin, pudo balbucir:

—¿Qué… qué dice…?

—De acuerdo a lo previsto y comentado, su reacción indica que no está ignorante de este asunto. Ahora, usted y yo ya no tenemos nada más que hablar, señor Mac Pherson. Iremos a ver a una persona que se entenderá directamente con usted.

—¿Qué persona?

—Alexander Butler.

—No conozco… Un momento. ¿El tipo que estuvo aquí anoche haciendo muchas preguntas?

—Sí.

—Ahora comprendo… ¿Dónde está?

—Salgamos, y él nos recogerá con el coche cuando sea el momento. Usted y yo solos, señor Mac Pherson. Y Alex me ha encargado que le diga especialmente lo mal que le sentaría que yo fuese molestada en algún sentido.

—Me gustaría saber qué tenemos que hablar exactamente el señor Butler y yo.

—Pregúnteselo a él.

—Está bien.

Mac Pherson señaló la puerta. Fueron allá, la abrió y Dulce salió al pasillo, donde esperaban Jenkins, Jones y Mac Manus.

—Quedaros aquí —dijo, rápidamente Mac Pherson—. Yo tengo algo urgente que atender, pero volveré. No sé cuándo. Voy a salir por la puerta lateral, Jenkins, así que ve a decirle a mi mujer que se

vaya a casa cuando se canse de beber champaña. Si es necesario, la llevas a casa con el coche, pero vuelves aquí. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Hasta luego.

Salieron por la puerta lateral, y poco después caminaban por la acera donde estaba el Boomerang, pero alejándose de éste.

No habían recorrido aún una manzana cuando el coche de Dulce, conducido por Alexander, se detuvo junto a ellos. Alex se apeó, y pasó al asiento de atrás tras indicárselo a Mac Pherson. Apenas se habían acomodado los dos cuando Dulce; que había ocupado el puesto de conductor puso de nuevo el coche en marcha.

Alex miró por el cristal zaguero, miró luego a Warren Mac Pherson y sonrió desganadamente.

—Es que sus amigos son muy bestias, señor Mac Pherson. De modo que me pareció mejor no entrar en el club.

—¿Qué demonios quiere usted de mí?

—Le haré un buen trato. Normalmente, yo tendría que ir a la policía, concretamente al teniente Bowen, que fue amable conmigo, y decirle que la chica que navegaba en el baúl era Jenny Lyles, y que su asesino es Warren Mac Pherson…

—Usted está loco.

—Pero, por determinadas circunstancias, haremos un trato que a usted le va a parecer muy bueno: me firmará un documento confesando que usted estranguló a Jenny Lyles, eso es todo.

—Loco de remate —rió acremente Mac Pherson—. No entiendo lo que pretende con esta idiotez, pero le expondré mi postura en dos puntos muy claros. Uno: yo no maté a Jenny. Dos: si lo hubiese hecho, no sería tan imbécil de firmarle a usted ningún documento en ese sentido.

—¿Ni siquiera aunque yo le amenazase con contárselo todo a la policía?

—¿Y qué es todo? ¿Qué sabe usted?

—Sé que Jenny escribió a cierta persona diciéndole que se iba a casar con usted. Si usted no acepta mis condiciones, puedo conseguir la carta para la policía, de modo que…

—Señor Butler: me parece que usted sabe perfectamente que estoy casado. Así pues, ¿cómo habría de casarme con Jenny?

—Después de divorciarse de su actual esposa.

—¿Divorciarme de Sheila? Absurdo. Mire, señor Butler, no voy a negarle que con Jenny lo pasaba muy bien. Era una chica inteligente, dinámica… Tenía… unas desorbitadas ganas de vivir, y eso me complacía mucho. Me divertía. Pero una cosa es divertirme con una chica como Jenny y otra muy diferente es perder a Sheila por ella. Ni hablar de eso. A fin de cuentas, y supongo que usted lo sabe, Jenny era una… chica alegre, y nada más.

—¿Le dijo usted eso mismo a Jenny?

—Claro que no —se sorprendió Mac Pherson—. Ella me preguntó si me casaría con ella en caso de ser libre, y le dije que sí. No perdía nada con ello. Pero le recalqué bien claramente que Sheila no querría concederme el divorcio de ninguna manera, y me pareció que Jenny lo comprendía y lo aceptaba. En realidad, fue una cuestión a la que no di demasiada importancia y me pareció que ella, en el fondo, tampoco se la dio.

—Está usted equivocado. Jenny sí quería casarse con usted.

—En cuyo caso —dijo secamente Mac Pherson—, sería por mi dinero. Y en esas condiciones, prefiero mil veces a Sheila.

—¿Identificó usted a Jenny como la chica del baúl, por las fotografías de los periódicos?

—No.

—Lógicamente, usted debía verse con Jenny con cierta frecuencia. ¿No la echó de menos estos últimos días?

—Señor Butler: hace un par de semanas, Jenny me llamó por teléfono a casa, y me dijo que se iba de Nueva York. Intenté disuadirla, más por amabilidad que por otra cosa, pues ya empezaba a estar un poco cansado de su exceso de vitalidad y ansias de gozar de la vida en todo momento. Ella insistió en que se iba, y entonces le deseé buen viaje y le pedí que me enviase una postal desde su nueva residencia. Eso es todo.

—¿Ha recibido la postal?

—¿Cómo demonios habría de recibirla, si usted dice que Jenny está muerta? Y si quiere que le diga la verdad, ni siquiera he pensado más de un par de veces en Jenny y su postal. Ella se fue y yo me quedé muy tranquilo. ¿Cómo quiere que se lo diga?

—¿Por qué tiene usted contratados a tres matones?

—Porque hay mucha gente molesta, señor Butler, Y usted está ocupando el número uno. Si nadie me molesta, Jenkins y los otros

dos son simples empleados. Si alguien me molesta… le convencen de que no debe hacerlo.

—¿Cómo conoció usted a Jenny?

—En una fiesta… especial que dio un amigo. Y no me pida el nombre de ese amigo porque no pienso facilitárselo. Y si quiere avisar a la policía, hágalo.

—¿No le importaría verse mezclado en el asesinato de Jenny?

—Preferiría no ser mencionado en modo alguno, pero si usted insiste en molestarme yo mismo iré a identificar a la chica del baúl… ¡Pobre Jenny! ¿Cómo iba yo a suponer que era ella…?

—¿Puede usted darme el nombre de algún otro amigo… íntimo de Jenny, señor Mac Pherson?

—Ni idea. Teóricamente, en los últimos tiempos sólo yo era amigo suyo, pero… Bueno, esa clase de chicas… No sé si me entiende.

—Le entiendo tan bien que me pregunto por qué no le rompo la cara.

—Oiga, la vividora era ella, no yo, señor Butler. Debió llamar a cualquier otro amigo, o quizá se complicó la vida con un desconocido… ¡Qué sé yo! Y ahora, por favor, deje de fastidiarme. ¿Puedo apearme ya? O eso, o vamos al primer puesto de policía, porque no estoy dispuesto a soportarle a usted ni un minuto más. Y de firmarle ese documento, ya habrá comprendido que ni estando loco:

—Sólo lo habría entregado a la policía dentro de unos años, o quizá unos meses —susurró Alexander.

—Decididamente, usted sí está loco. Pare, señorita.

—¿Paro, Alexander? —preguntó Dulce.

—Sí.

El coche se detuvo, Mac Pherson se apeó y se alejó tranquilamente.

Dulce, vuelta hacia el asiento de atrás, murmuró:

—Cuando menos sabemos que no dirá nada a la policía y tu vieja Madge seguirá ignorando que su nieta ha muerto… ¿Me estás escuchando, Alexander?

—¿Eh…? Perdona. ¿Qué decías?

—Decía que…

—Yo estaba pensando… Pensando en Jenny. Ella no era tonta.

Te lo aseguro, Dulce. Jenny podía ser cualquier cosa menos tonta. Si dijo que se iba a casar con Mac Pherson, era que pensaba conseguirlo, que no era nada descabellado. Entonces, ¿cómo habría de conseguirlo? ¿Cómo podría conseguir Jenny que Mac Pherson se divorciase de su esposa?

—Lo ignoro. Bueno, el único motivo por el que quizá Mac Pherson podría querer divorciarse de su atractiva y elegante pelirroja podría ser el enterarse de lo del cantante John Neilan. Pero es evidente que no lo sabe.

—Eso parece. Pero… ¿y Jenny?

—¿Qué?

—Pregunto si Jenny sabía o no sabía lo de Sheila Mac Pherson y John Neilan.

Se quedaron mirándose. Por fin, Dulce tartamudeó:

—Santo Dios… En… entonces…

—Supongamos que Jenny se dedicó a vigilar a la esposa de Mac Pherson, quizá porque ya sospechaba algo, o quizá con afán de encontrar algo sucio en su vida. Incluso pudo conseguir informes sobre ella de años atrás… ¿Te parece descabellado?

—No… No.

—A mí tampoco. Jenny era implacable. Siempre lo fue, siempre, pensó solamente en ella, no le importaban los demás en absoluto. Ella quería gozar de la vida, eso era todo. El resto de los humanos no eran más que un medio para que ella lo consiguiese. En este caso, Sheila Mac Pherson era un obstáculo para que Jenny consiguiese lo que quería. Y lo que quería, bien claro está, tenía que ser casarse con el riquísimo Warren Mac Pherson. Pero éste, que le había dicho que sí, que se casaría con ella si fuese libre, no lo era. Estaba casado y su mujer no querría concederle el divorcio… Pero ¿y si ella, Jenny, encontraba alguna causa que pudiese provocar ese divorcio? Se dedicó a vigilar a Sheila y, por lo que nosotros sabemos, encontró algo. Encontró a John Neilan.

—Pero entonces… ¿qué pasó?

—Está bien claro: Jenny se enteró de ese asunto y fue a ver a Sheila Mac Pherson. Le dijo que si no se divorciaba de Warren, ella informaría a éste de lo que sucedía. Incluso es posible que tuviese pruebas fotografías, cintas grabadas…

—¿Jenny era capaz de todo eso?

—Y de más. Dulce, ella no era buena, ¿lo entiendes? Por eso la dejé… Me di cuenta de que no era una persona a la que se pudiese amar sin sufrir, porque ella nunca amaba realmente a nadie. Yo había creído que a mí, a mí precisamente, sí me amaría. De niños jugamos juntos, la conocía bien… Es decir, creía conocerla. Pero no era cierto. Muy pronto supe que era incapaz de amar a nada ni a nadie realmente, ni de permanecer fiel a nadie. Sólo quería dinero y diversión sin fin. Cuando comprendí que era una maníaca del goce de todo, sin piedad para nadie, me fui de su lado. Creí que no podría soportar la separación mucho tiempo, pero, tan sólo al día siguiente, me di cuenta de que estaba… respirando auténtica libertad, que ya no me sentía sucio e inútil, que lucía un hermoso sol y que sólo tenía veintisiete años, no cien. Todo empezó de nuevo. Me instalé en el apartamento que ya conoces, y me dije que eso era lo que realmente deseaba, no trabajar como una bestia en un periódico para no tener nunca contenta a Jenny, y embrutecerme con ella… No la he vuelto a ver desde entonces.

—¿Estás seguro de que ya no la amas? —musitó Dulce.

—¡Santo cielo, claro que no! Siento lo ocurrido por la vieja Madge, y, sinceramente, también por Jenny, a la que recuerdo cuando jugábamos de niños… Hay cosas que no se pueden olvidar, Dulce. Por eso, cuando siento esa furia contra el hombre que asesinó a Jenny Lyles, en realidad pienso en la Jenny Lyles que llevaba trenzas y tenía los ojos tan grandes y tan azules… La Jenny Lyles de mis juegos infantiles, la que reía como una niña… Esa niña es la que yo siento que ha sido asesinada…

—¿Por Sheila Mac Pherson?

—No, mujer… ¿Qué crees que podía hacer Sheila cuando Jenny le dijo que sabía lo de John Neilan?

—¿Sheila llamó a Neilan?

—Naturalmente.

—Entonces…

—Dejé a Neilan en su asqueroso camerino, atado como un fardo. Todavía debe estar así, de modo que vamos a por él. —Alexander apretó un instante los labios—. Y te aseguro que ése sí me firmará la confesión, para entregarla a la policía cuando la vieja Madge ya no pueda sufrir por la verdad.

—¿Volveremos a aquel club?

—Naturalmente. Vamos a darle un auténtico disgusto al guapísimo John Neilan.

CAPÍTULO VII

No pudo ser.

John. Neilan no estaba en su camerino. Tampoco estaba en la sala de fiestas, ni apareció cuando le tocó el segundo pase en su actuación de aquella noche. Tampoco pareció que nadie lo echase de menos, ciertamente. El propietario del local, simplemente, dispuso que las atracciones continuasen sin Neilan, y asunto solucionado.

—Pero sabrá dónde vive, al menos —gruñó Alex.

—¿Por qué habría de saberlo? Además, es un tipo que no suele parar mucho en el mismo sitio. Cambia de local como de domicilio. Hoy trabaja en Manhattan, mañana en New Jersey, pasado en Brooklyn, otro día, aparece en New Haven… No es precisamente un Sinatra, que se pasa la vida en Las Vegas, ¿sabe usted? Además, me alegra que haya faltado a su contrato.

—¿Tan malo es cantando?

—No es eso. Es que hace unos días está bastante impertinente. Me dijo que muy pronto podría enviarme a un sitio, que no necesitaba gente como yo para que le explotase. Creo que está chiflado. Desde luego, ni siquiera lo voy a demandar. ¿Para qué? No vale la pena molestarse por un tipejo así.

—Claro. Bueno, gracias por su…

—Esperen un momento. Iba a decirles que es muy posible que esté en el Boomerang Club. ¿Lo conocen?

—Tenemos una idea de dónde está —apretó Alexander un brazo a Dulce—. ¿Por qué cree usted que puede estar allí?

—Algo me dijo de que iba a trabajar allí, y que sería la estrella del programa de atracciones, que por fin le habían dado la gran oportunidad, y que ya me enteraría yo de a quién había tenido

realmente trabajando aquí. Hace falta estar loco para darle una de esas oportunidades a Neilan. Y desde luego, el que está loco como un paraguas es él.

—Ya. ¿Como un paraguas? ¿Qué tienen de locos los paraguas?

—Hombre… Cuando todo el mundo se guarece de la lluvia, ellos se abren para recibirla… Es un chiste.

—Ah.

—Ya sé que no tiene gracia. Es mi destino: a mi sala sólo vienen fracasados o soñadores de la gloria. Bueno, si ven a John Neilan díganle de mi parte que puede irse a tomar… un café.

—Lo haremos —sonrió Alex—. Muchas gracias por atendernos.

Poco después, estaban de nuevo en el coche. Dulce encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de Alex.

—Bueno… No parece que hayamos conseguido nada. Y ya es bastante tarde. Deberíamos…

—Todavía nos queda una flauta por soplar.

—¿Qué quieres decir?

—Sheila Mac Pherson: ella tiene que saber dónde podemos encontrar a Neilan. Lo malo es que estará rodeada de gente de esa que incluso lleva pistola. Los tipos como Jenkins…

—No. Ella debe estar todavía sola en su casa.

—¿Sheila Mac Pherson? ¿Por qué dices eso?

—Su marido le dijo a Jenkins que la llevase a casa cuando ella terminase de beber champaña. Jenkins tenía que volver al club, después de eso. Pero eso fue antes; quizá ahora Mac Pherson ya esté en casa, con su esposa.

—Pero si él no está en casa, quiere decir que tampoco estará ese bestia de Jenkins y los otros dos, ¿no es así? —reflexionó Alex—. Adivina qué vamos a hacer ahora mismo.

—Ir a casa de Mac Pherson.

Alex agarró a Dulce por una orejita, obligándola a acercarse, y le dio un besito en los labios.

—Premio por lista.

La circulación se iba tranquilizando, así que llegaron ante la casa de Mac Pherson en pocos minutos. El garaje estaba cerrado, por supuesto, así que no podían saber si el coche estaba allí, lo que indicaría que Warren Mac Pherson se había retirado definitivamente.

—Espérame aquí, Dulce.

—Preferiría…

—No, no. Espera aquí, y si pasa… pongamos media hora sin que haya salido, avisas a la policía, y dices que están haciendo pedazos a un pobre poeta. Y si no se creen que soy poeta, les recitas el verso de la abeja y el capullo; el de la vieja, ya sabes. En cuanto a todos mis escritos, te los dejo como herencia.

—¡Qué tonterías dices!

—Mujer, tampoco son tan malos —farfulló Alex.

Salió del coche y fue hacia la casa. Era una casa grande, con amplio jardín delantero. El garaje estaba a la izquierda de la fachada, y algo más hacia el fondo. Había un amplio pórtico, en el que un bonito juego de farolitos debía pasarse la noche encendido. Luego, había luz en dos ventanas de la planta baja y un balcón del piso alto.

Verdaderamente, no eran horas para andar de visita, pero Alexander Butler llegó al pórtico y pulsó el timbre. Tardaron en abrirle la puerta casi un minuto. El criado era un hombre alto y flaco, de cara chupada y mirada cansada, que se quedó contemplando con visible asombro a Alex.

—Buenas noches —saludó éste rápidamente—. ¿Está el señor Mac Pherson en casa?

—No, señor. Todavía debe estar en el club.

—Magnífico. Dígale a la señora que tiene una visita que debe recibir inmediatamente… ¿Hay alguien más en la casa?

El criado iba a contestar, pero Alex lo apartó y entró en el vestíbulo. Dejando la puerta abierta, el criado siguió, a Alex y lo sujetó por un brazo.

—Mire, señor, le ruego…

—¿Le gusta su empleo? —cortó Alex.

—Sí, pero son las…

—Dígale a la señora Mac Pherson que tiene que recibirme ahora. Si no lo hace, yo voy a subir de todos modos… y usted no estará mañana en esta casa. ¿Lo entiende?

El criado estaba vacilando visiblemente. Por el fondo del vestíbulo apareció una mujer de unos cincuenta años, esto es, algo más joven que el criado, poniéndose una bata. El criado se acercó a ella y estuvieron cuchicheando unos segundos.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó el criado.

—Alexander Butler.

Fue la mujer la que subió al piso alto de la casa, mientras el hombre, muy serio y estirado, se quedó mirando a Alex, que se dedicó a examinar un par de cuadros que había en el vestíbulo… La mujer no tardó en bajar ni siquiera veinte segundos.

—La señora lo recibirá ahora mismo. Venga por aquí, señor Butler.

Lo llevaron al salón, encendieron la luz de allí y lo dejaron solo. Sobre una mesita había varias botellas y una cubitera de cristal, todavía con cubitos de hielo completos. Alexander puso dos en un vaso y echó encima un chorrito de *whisky*. Cuando estaba bebiendo oyó abrirse la puerta y se volvió.

La pelirroja sensacional estaba allí, en ropita de dormir y con un salto de cama que más que salto era un vuelo, de tan etéreo. Por un instante, Alex Butler recordó a Jenny Lyles, comparándola con aquella mujer que le miraba fijamente, con gran expectación, sin sonrisita alguna en sus ojos de pantera divertida. La comparación era muy difícil. Jenny había sido muy bonita y sugestiva, pero nunca había «llenado» tanto un espacio vacío. Sheila Mac Pherson no sólo era hermosa, sino que tenía presencia, sabía estar. Era en verdad muy diferente de la muñequita para jugar que había sido Jennifer Lyles. Con ésta se podían pensar mil diabluras. Con Sheila Mac Pherson había que pensar muy detenidamente en si ella estaría de acuerdo en seguir el juego…

—Me parece que ya nos conocemos, señor Butler —sonrió de pronto Sheila.

—De vista, sí. Anoche a usted le hizo mucha gracia saber que me habían zurrado y que me echaban del Boomerang como a un perro lleno de pulgas.

—Seguramente interpretó usted mal mi expresión. Aún no sabía lo que le había ocurrido: simplemente, me caía usted bien. De todos modos, en efecto, sabía que no debía haberlo pasado muy bien con Warren y sus empleados. Espero que le guste mi *whisky*.

—Por razones económicas, me he acostumbrado a no ser muy exigente. De todos modos, y teniendo en cuenta que se va convirtiendo en costumbre que pague la casa, muchas gracias. —Alex alzó el vaso y brindó—: A la salud de John Neilan.

Sheila, simplemente, parpadeó.

—¿De quién? —Alzó en seguida las cejas.

—De John Neilan. ¿No lo conoce usted?

—Pues no sé… El nombre me suena, quizá…

—Lo que le va a sonar a usted —dijo Alex, acercándose—, van a ser las orejas, del par de tortas que le voy a atizar, señora Clayborn. Por si está un poco sorda, lo repetiré: señora Clayborn.

—Ya le había oído. ¿No quiere sentarse, señor Butler?

—Usted primero.

—Muy amable.

Sheila se sentó en el sofá. Alexander colocó delante un sillón, de dos puntapiés, se sentó frente a la pelirroja y se acabó el *whisky* de un trago.

—No se lo va a creer, pero esta noche no he tenido tiempo de cenar. ¿Y sabe por qué?

—No. ¿Por qué?

—Estuve siguiendo al señor y la señora Clayborn.

—Entiendo. ¿Qué es exactamente lo que quiere usted? ¿Dinero? ¿Ha venido a hacerme chantaje?

—Chantaje, sí, pero no de dinero. Sólo quiero saber dónde está John Neilan. Y no me venga con divagaciones, señora Clayborn. Quiero saber cuál es su dirección, la de su domicilio. Y si usted tiene ganas de tonterías, piense en lo fea que estará si le hincho los dos ojos. ¿Me explico?

—Vive en el cuatrocientos doce de West Houston Street, apartamento seiscientos cinco.

—Magnífico. Es usted inteligente, señora Clayborn.

—¿Por qué quiere visitar a John?

—Le daré mi respuesta en forma de otra pregunta: ¿usted le dijo a John Neilan que Jenny Lyles la había amenazado a usted con decírselo todo a Warren Mac Pherson si usted no aceptaba divorciarse de él?

Sheila se mordió los labios y bajó la cabeza. Alexander la estuvo mirando unos segundos, cada vez más fruncido el ceño.

—Como sabemos ya que usted no es sorda, interpreto que no quiere contestarme, señora Clayborn. Lo cual casi me atrevería a decir que es como si hubiese contestado afirmativamente a mi pregunta. ¿No es así? Mire, su actitud me parece muy recatada

ahora, pero todo este asunto, en realidad, partió de usted y de su amigo Neilan. No me diga que no sabe que la chica del baúl, la que apareció flotando en el río hinchada y deformada, es Jenny Lyles. Y no me diga que en cuanto usted supo que era ella, no se le ocurrió pensar que la había estrangulado John Neilan. Eso, si no lo hizo contando con la complicidad de usted.

—¡No! ¡No! ¡Eso no es cierto!

—¿Tiene teléfono John Neilan?

—Claro…

—En ese caso, lo siento mucho, pero no puedo dejarla a usted aquí, señora Clayborn. Vendrá conmigo. Mire, no tengo ganas de discutir, estoy malhumorado y deprimido, cosa que me ocurre siempre que me entero de las porquerías que puede llegar a hacer ese bicho al que nosotros llamamos ser humano. La acompañaré a su dormitorio, señora Clayborn.

—Por favor…

—Está bien: señora Mac Pherson. Subamos. Y usted verá si le conviene organizar algún escándalo o aceptar la solución del asunto tal como lo estoy llevando yo, con una discreción que a mí también me conviene.

—¿A usted? ¿Por qué?

—Se lo explicaré camino del apartamento de Neilan. Vamos arriba. Y no me salga ahora con cualquier ridícula gazmoñería.

Cuando salieron del salón, el matrimonio de criados estaban esperando en el vestíbulo. Sheila les dijo que podían retirarse, que ella tenía que salir con urgencia, pero que no ocurría nada que debiera alarmarles. Luego, ante el asombro de los criados, subió a su dormitorio seguida por Alex.

Un dormitorio fantástico, enorme, lujosamente decorado. Alex echó un veloz vistazo alrededor y emitió una risita sarcástica.

—¿De qué se ríe?

—De nada que le importe. Vístase. ¿Qué espera?

—Supongo que se volverá usted…

—Supone mal. No me fío de Neilan, pero tampoco de usted. No me fío de las personas que hacen sólo lo que desean, sin tener en cuenta un mínimo de decencia y sin respetar sus obligaciones. Maldita sea mi estampa: detesto a las mujeres como usted y como Jenny Lyles, ¿se entera? ¡Así que cierre esa boca embustera y

vístase en un minuto! Y he dicho un minuto.

Sheila Mac Pherson no insistió. Se quitó la ropa de cama, sin que Alexander la perdiese de vista, y acto seguido procedió a vestirse. Hubo un instante en que miró al poeta con cierto destello de picardía en los ojos, pero ese destello rebotó en las pupilas de Alex como si hubiesen sido de hielo. La situación no estaba para juegos, y Sheila lo comprendió así.

Cuatro minutos más tarde salían de la casa. Aparecieron en la acera y comenzaron a caminar. Dulce los alcanzó en seguida con el coche y se detuvo a su lado, reanudando la marcha en cuanto los dos hubieron entrado.

—West Houston Street —dijo Alex—. Es en el cuatrocientos doce, pero no se te vaya a ocurrir parar delante.

—Okay, jefe —se llevó Dulce un dedo a la sien—. Entendido, jefe. A la orden, jefe.

—Espero que ustedes se den cuenta de que esto que están haciendo es un secuestro —murmuró Sheila.

Alex le dirigió una torva mirada. Acto seguido, metió la mano derecha bajo la falda de Sheila, que respingó. Volvió a respingar cuando Alex, de un tirón, le arrancó prácticamente la parte inferior de la combinación, que convirtió en tiras. Con ellas, ató las manos de Sheila, y con el resto hizo una bola que metió en su boca, apretándola con la última tira. Luego, se quitó la corbata, le ató los pies y, finalmente, la quitó del asiento, colocándola estirada entre los de delante y los de atrás.

—Ahora sí es un secuestro —dijo—. Pero peor lo va a pasar su amiguito, el señor Neilan, digo Clayborn.

CAPÍTULO VIII

John Neilan abrió la puerta en seguida y sin vacilaciones, y eso sería comprendido más adelante por Alexander Butler. Pero, de momento, sólo supo que se quedó sorprendido, maravillado, contentísimo ante aquella facilidad que no había esperado.

Al verlo, Neilan intentó cerrar rápidamente la puerta, pero Alex la empujó con ambas manos, con tal fuerza que Neilan salió despedido hacia el interior del apartamento, y rodó por el suelo. Cuando se iba a poner en pie, ya Alex había cerrado la puerta y estaba junto a él, pisándole una mano, de modo que Neilan no podía terminar de incorporarse. Con la otra mano, le asió por los cabellos y le alzó rudamente el rostro.

—¿Te acuerdas de Jenny Lyles, señor Clayborn?

—No… ¡No, no, no!

Alex dio un tremendo tirón a los cabellos del guapo. El dolor fue tal que los ojos de Neilan se llenaron de lágrimas. Y aún brotaron más cuando Alex, sin piedad alguna, ni siquiera por la hinchada nariz, le propinó un tremendo tortazo entre ésta y la boca. John Neilan lanzó un alarido, pero Alex se lo cortó en seco con un punterazo al vientre que lo dejó, sin aliento.

Entonces, lo puso en pie y señaló hacia el pasillo.

—Camina, señor Clayborn. Vamos a conversar sobre Jenny Lyles y ya verás cómo consigo que la recuerdes. Maldita sea, te tuve en mis manos y te dejé escapar como un cretino, obsesionado con que había sido Warren Mac Pherson. Pero ahora te voy a…

Mientras hablaba entraba en la salita, en pos de John Neilan. Y apenas hubo puesto un pie dentro cuando, sin verlo, tuvo conocimiento del peligro; se apartó de su trayectoria normal, girando el cuerpo hacia un lado…, y el gigantesco Jenkins, que

descargaba un terrible golpe con la culata de su pistola, pasó junto a él, trastabillando…

—¡Matadlo! —chilló Neilan—. ¡Matadlo, matadlo…!

La sorpresa de Alex Butler duró menos de medio segundo, en realidad. Todavía estaba moviéndose en aquella milagrosa esquiva que había conservado intacta su cabeza, cuando acabó de girar, y al mismo tiempo que veía a Warren Mac Pherson con el rostro crispado en una mueca de furia, dirigía un puntapié hacia la trasera de Jenkins, de modo que aumentó la velocidad y potencia de su impulso. Jenkins lanzó un grito al verse tan violentamente lanzado contra el marco de la puerta y alzó ambas manos para parar el golpe.

Lo consiguió, pero apenas había iniciado el rebote cuando Alex le golpeaba en los riñones con los dos puños juntos, enviándolo de nuevo de cara contra el marco, esta vez con tal fuerza que la pistola saltó de la mano de Jenkins. Éste rebotó de nuevo, pero dando la vuelta, dispuesto a hacer frente a los golpes de Alex…

Esta vez no hubo golpe. Mientras Jenkins, vencido por la fuerza del rebote y por su propio impulso, se abalanzaba hacia delante, Alex se inclinó hacia él, lo recogió sobre los hombros por el vientre y se irguió con fuerza.

—¡Uuuaaaaa…! —aulló Jenkins, en el aire.

Tres metros más allá, Neilan, que había recogido la pistola de Jenkins y se disponía a apuntar a Alex, alzó vivamente la cabeza contemplando con gesto de espanto aquel proyectil que se dirigía hacia él en bien curvada trayectoria. Ya no tuvo tiempo de reaccionar: Jenkins le cayó encima, aplastándolo con sus ciento veinte kilos, quizá más. Se oyó un crujido y en seguida el alarido de John Neilan, y acto seguido su voz gimoteante:

—¡Mi brazo, mi brazo…!

¡Plop!

Alex oyó aquella especie de taponazo y notó junto a su mejilla derecha un viento caliente y como un estallido de aire. Detrás de él, la bala rebotó en la pared y fue hacia el techo. Delante, en el centro de la salita, el demudado Warren Mac Pherson se disponía a disparar de nuevo…

¡Plop!

La bala salió cuando Alex Butler había saltado ya al pasillo,

cayendo de espaldas. Se puso en pie como un relámpago, echó a correr hacia la puerta del apartamento y, con la misma rapidez, volvió sobre sus pasos, colocándose ante la puerta de la salita justo en el momento en que quería salir Mac Pherson, alzando la pistola…

¡Crac!, crujieron los dientes de Mac Pherson y los nudillos de Alex Butler bajo el formidable puñetazo de éste. Warren se detuvo como si hubiese chocado contra un árbol, puso los ojos en blanco y se derrumbó hacia atrás… mientras Alex tenía la impresión de que su brazo saltaba del hombro, para colgar luego inerte a su costado.

—¡Mi brazo, mi brazo, mi brazo…! —seguía gimiendo John Neilan.

Alex lo miró y lo vio doblado de tal modo que comprendió que lo tenía roto. Atónito, se miró el suyo, quiso moverlo… y lo consiguió. Lo consiguió justo en el momento en que Jenkins conseguía recoger su propia pistola y se colocaba de rodillas. Alex se adelantó y lanzó una volea al desgaire… Fue un guantazo tremendo, que alcanzó de lado a Jenkins, en la nariz, con tal potencia y en tal ángulo que casi se la arrancó. El gigante lanzó un berrido, soltó la pistola y se llevó las manos a la nariz, mientras, contra toda lógica, en lugar de caer al suelo se ponía de pie.

Alex dio otro paso hacia él y le descargó un zurdazo en la boca del estómago. De la boca de Jenkins brotó algo parecido a un bocinazo, y el rostro de la torcida nariz perdió el color por completo. El segundo trallazo en el estómago, con la derecha, resonó casi con la misma fuerza, y Jenkins retrocedió, con los ojos en blanco. El tercer puñetazo se hundió en su vientre como si éste fuese de merengue. Los ojos de Jenkins giraron, todo él pareció por un instante un tentetieso enorme, y luego cayó de espaldas, tieso como un poste.

Neilan seguía gimiendo por su brazo, ajeno a todo lo que no fuese su terrible dolor, y observando incrédulamente el extraño efecto de su brazo doblado de forma increíble en verdad. Más allá, Mac Pherson estaba sacudiendo la cabeza, sentado en el suelo.

En un santiamén, Alexander se apoderó de las dos pistolas y entonces se dejó caer en un sillón, pasmado, maravillado de sí mismo.

—¡Arriba las manos! —ordenó, con cómica ferocidad.

Jenkins ni se enteró. Neilan seguía gimoteando su desventura y Mac Pherson continuaba sacudiendo la cabeza, como si quisiera desprenderse de ella.

Y justo en el momento en que Alexander Butler comenzaba a decirse que era un fenómeno pegando tortas, comenzaba a preguntarse qué demonios hacía Mac Pherson con el amigó de su mujer, y comenzaba a comprender por qué Neilan había abierto la puerta con tanta despreocupación, mientras sonaba el timbre del apartamento.

La cabeza de Alex se volvió hacia la puerta de la sala. En ésta postura, miró hacia los tres hombres, uno desvanecido, otro recuperándose muy lentamente, y el otro incapaz de moverse debido al terrible dolor de sus huesos rotos… ¿Quién podía llamar a la puerta? La respuesta no era ya demasiado difícil: tenían que ser los otros dos amigos de Mac Pherson, los que según le había dicho Dulce se llamaban Jones y Mac Manus.

Muy bien.

Se acercó a Mac Pherson, lo agarró por la ropa del cuello y lo puso en pie de un tirón. Acabó de despejarlo de un par de bofetadas que sonaron como música de platillos y dejaron temblando sus orejas, y luego lo empujó hacia el pasillo.

—Camine, gran jefe. Vamos a abrirles la puerta a sus amiguitos Mac Manus y Jones. Y si ellos no saben comportarse adecuadamente, el primero en morir será usted. ¿Lo entiende?

Le clavó rudamente una pistola en los riñones y Warren asintió con un gruñido. Cuando llegaron ante la puerta, Alex volvió a asirlo por la ropa del cuello y le ordenó que abriese, tras colocar la punta de la pistola en su nuca.

Mac Pherson abrió la puerta y lanzó una exclamación de sorpresa. Aunque no tan intensa como la de Alex.

—¡Señora Mac Pherson! —Palideció—. ¿Cómo es posible que esté usted aquí?

En el umbral, Sheila Mac Pherson, tras captar la situación, dirigió la luz de sus perversos ojos hacia Alexander, que vio de nuevo aquellas chispitas de sarcasmo, de crueldad.

—Le sugiero a usted, señor Butler, que eche una mirada a la calle por cualquier ventana del apartamento.

En realidad, la cosa estaba bien clara, pero Alex quiso tomar

precauciones, es decir, que mantuvo el control sobre las personas que había en el apartamento. No sirvió de nada, porque cuando se asomó a una ventana, y pese a los seis pisos de altura, vio perfectamente, junto al coche de Dulce detenido en doble fila, a los dos hombres, cada uno de ellos sujetándola por un brazo. Allá estaban los amigos de Mac Pherson. Seguramente estaban esperando que éste y Jenkins terminasen su visita a Neilan; le habían visto llegar a él y no habían tenido tiempo de impedirle subir, pero sí habían sabido capturar a Dulce y liberar a Sheila.

Justo en el momento en que se volvía hacia el interior del apartamento, Alex vio a Sheila arrodillada junto al gimoteante John Neilan… Y a Warren Mac Pherson ante él, con una botella en alto.

Sintió el golpe, el súbito frío del licor sobre su rostro… y luego se hundió súbitamente en un pozo negrísimo y que parecía no tener fondo.

Este es el final

Alexander Butler entró en su apartamento, se fue directo hacia el aparador colocado junto a la cocinilla empotrada, y dejó la bolsa llena de comestibles y bebidas.

—Pues sí —dijo—, el tipo que me dijiste hará el trabajo y esperamos engañar a la vieja Madge. También tengo el empleo. No es gran cosa, y te lo advierto: no pienso trabajar más que hasta que la vieja Madge la palme. Luego, a lo mío, a mis versos. He traído cosas para comer y cosas para beber. Para beber, champaña, como es lógico. Mi alcurnia me impide beber otras cosas… He comprado algunos periódicos. No sé si habrás oído hablar de las cucarachas de la lavandería. ¿Te lo leo todo o te lo resumo? Bueno, te lo resumo; resulta que cierta lavandería quedó inundada, y por la mañana, los primeros empleados se dieron cuenta de ello. Avisaron a los bomberos y tal, y finalmente consiguieron saber por qué el gran desagüe del pasillo no había absorbido el agua. Resulta que el desagüe estaba obstruido por cucarachas gigantes: seis personas. Terrible. Estaban allí, pegados a la rejilla del gran desagüe, incrustados en ella por la fuerza del agua, ahogadas como ratas. Una avería, ¿comprendes? Se rompieron unas tuberías en el cuarto de máquinas, el agua salió, se fue acumulando, y cuando reventó la puerta, atrapó a todo bicho viviente que había en la lavandería y los arrastró hacia el desagüe… ¿Te imaginas seis enormes cucarachas metidas allí? Por cierto, que una de las cucarachas era pelirroja: se llamaba Sheila Mac Pherson… También estaba su marido, un cantante llamado John Neilan y tres tipos, llamados Jenkins, Mac Manus y Jones. Seis cucarachas ahogadas en el desagüe. Terrible. Y, pasmo de pasmos, resulta que la lavandería era un nido de distribución de drogas a lo bestia, porque se han encontrado cantidades industriales. La policía está relamiéndose de gusto. Y el FBI. En fin, todos. Eso sí: la chica del baúl continúa sin identificar. Y

nosotros, a fin de cuentas, no sabemos nada de nada de todo esto. Murió una chica, debido a un crimen pasional. Luego, murieron seis cucarachas, ahogadas… ¡Y no en un río, sino en un desagüe de agua sucia! Cosas de la vida. A propósito, ¿qué estás haciendo tú en mi sofá-cama?

—¡Oh, Alexander…!

—¡Oh, narices! Son las doce del mediodía, he salido a buscar trabajo, a un falsificador de letra, he comprado comida y periódicos, regreso a casa y te encuentro todavía en la cama. ¡A eso llamo yo pegarse la vida padre!

—Oh, Alexander…

—Y dale. ¿No sabes decir otra cosa?

—¡Te amo, Alexander!

—Gran novedad. ¿Preparo uno de esos coctelitos que nos hacen bailar los ojos de alegría?

—Alexander, de verdad: ¡son maravillosos!

—¿El qué?

—Tus versos. Los he estado leyendo mientras tú estabas por ahí. ¡Son maravillosos!

—Ya. Supongo que te refieres al de la vieja, el capullo y la abeja…

—¡No! ¡Estoy hablando en serio!

—¿De verdad te gustan?

—¡Dios mío, que si me gustan…! Quiero que sigas escribiendo versos, yo trabajaré, te ayudaré, haré lo que sea… ¡Quiero que sigas escribiendo versos! ¡Son tan hermosos…! Y además, sé que quien escribe unos versos así sería desgraciado si no pudiese dedicarse a escribirlos… No sé si me explico…

—Te explicas. Y no te preocupes: no hay nada en el mundo que pueda impedirme que siga escribiendo versos. Pero no ahora no… Cada cosa buena de la vida requiere su tiempo, su momento. Éste es momento de besarnos, de tomarnos un cóctel y de contemplar el sol… Y te lo advierto: no me gusta discutir.

—A mí tampoco. De modo que haremos lo que tú quieras.

—Así ha de ser. Eres una chica lista, Dulce; mientras seas tan obediente, tú, tranquila, que no serás víctima de un crimen pasional. Y hablando de pasiones…

—¿Qué? ¿Qué, qué, qué…?

—Hablando de pasiones, ¿el cóctel lo quieres sólo con martini o también con vodka?

—¡Oh, Alexander…!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…